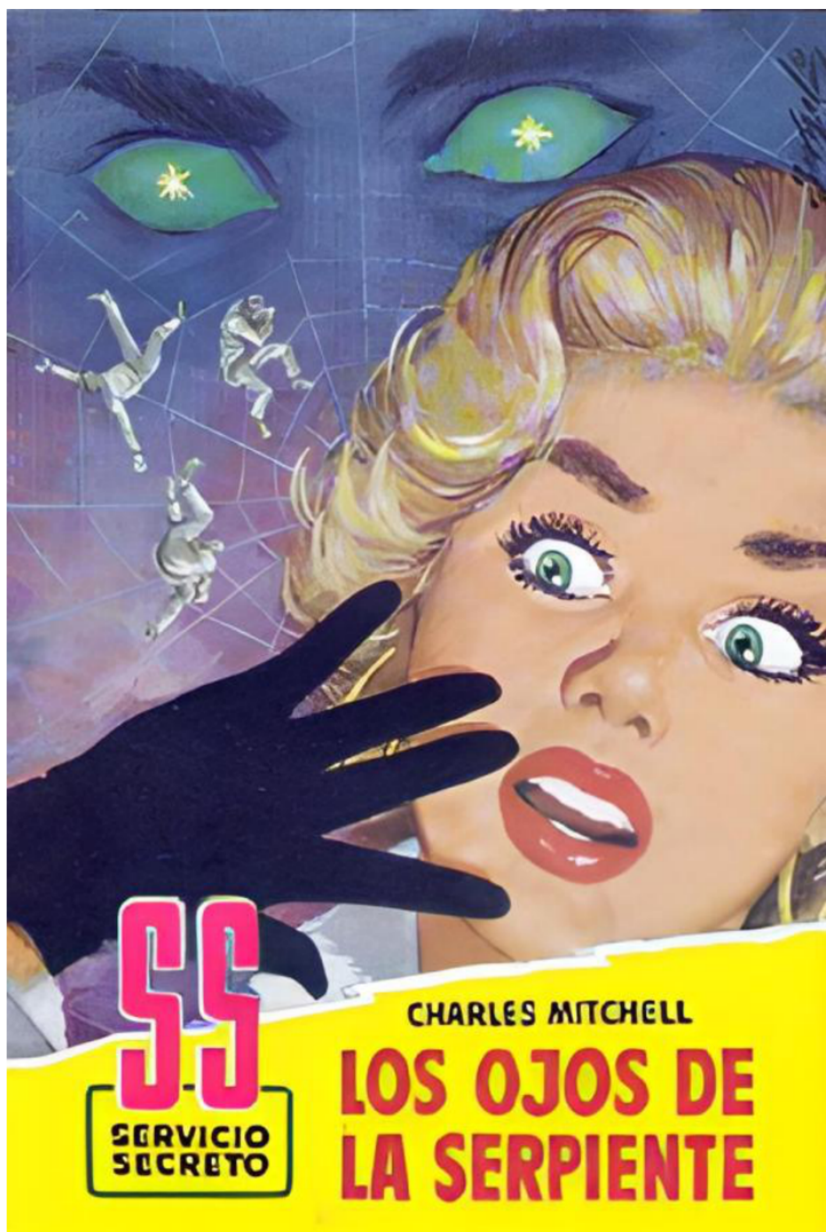

SS
SERVICIO SECRETO
CHARLES MITCHELL
LOS OJOS DE LA SERPIENTE

CHARLES MITCHELL

LOS OJOS DE LAS SERPIENTE

1.ª EDICIÓN
DICBRE - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 13.735 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1960

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

Colección SERVICIO SECRETO:

219. —Ellos, los muertos. 224. —Un cadáver a me dida. 225. —Diez centavos por su piel. 257. —El canto del hacha. 272. —No dispares, querida 812,—Saber perder. 529. —Nadie para contarlo.

Los OJOS de la SERPIENTE

por

CHARLES MITCHELL



CAPÍTULO PRIMERO

El jueves, al salir de su oficina, Jerry Logan vio a una rubia estupenda paseando por la acera.

Jerry se echó hacia atrás el sombrero, silbó, se ofreció galantemente para prohijarla, y la rubia, poniéndose unas gafas negras, dobló la esquina.

El viernes, al ir a entrar en un *drugstore* a comprar cigarrillos al otro extremo de la ciudad, volvió a encontrarla mirando un escaparate de ropas interiores. Era una casualidad, y antes de espantarla nuevamente, se dedicó a contemplarla con arrobo. Vargas, para su célebre calendario de la «Coca-Cola», no hubiera encontrado una modelo con unos perfiles más de reglamento. Pero ésta no habría posado para ningún pintor comercial. Su esbelta elegancia no era producto de un coro de revista, y sus ropas caras denotaban a distancia que se trataba de una verdadera dama. Si bien esto último puede que fuera un inconveniente para Jerry, él candorosamente lo ignoraba; así que procedió a ajustarse el nudo de la corbata, y en esa fracción de segundo en que desvió su mirada, la joven de cabeza dorada y porte de duquesa, se evaporó en el aire.

El disgusto le duró a Jerry hasta el día siguiente en que, rodando en su vetusto «Buick» por la Avenida Figueroa, la vio por el cristal retrovisor en un descapotable forrado en piel de leopardo. Entonces Jerry Logan comenzó a pensar en su función de detective privado, que este tipo de casualidades en una ciudad como Los Ángeles con más de dos millones de habitantes, es particularmente infrecuente.

Frenó distraídamente a la puerta del parque Zoológico, coincidiendo el descapotable a prudente distancia. Ya más tranquilo, Jerry, penetró en el recinto, dedicando su atención al foso de las morsas, y entonces la rubia, parapetada tras sus gafas

oscuras, se puso a contemplar las evoluciones acuáticas de los mamíferos marinos. Logan dio un rodeo para situarse tras ella, musitando casi a su oído ceremoniosamente:

—Antes de presentarla a mi padre, me gustaría que me dijera si sus intenciones son honorables.

La joven dio un respingo, pero no volvió la cabeza. Jerry se acomodó a su lado, aprovechando el hueco dejado por uno de los curiosos en torno al foso. Los dos se pusieron a mirar a las morsas sin prestarse atención, hablando Jerry como si lo hiciera con alguno de los bichos.

—Es la primera vez que me sigue alguna mujer como usted. No me molesta; créame que me siento muy halagado.

Ella se quitó las gafas oscuras para mirarle, apreciando Logan los ojos más profundamente verdes que viera en su vida. También se dio cuenta de que estaba asustada.

—Vámonos de aquí, por favor. No camine a mi lado.

Jerry la siguió a distancia hasta un pequeño sendero cegado por la pared de uno de los depósitos del parque. Allí, la joven tomó asiento en un solitario banco de madera, haciéndole una seña al detective. Éste llegó hasta su altura, acomodándose junto a ella. Los labios la temblaron levemente antes de comenzar a hablar.

—¿Cuánto dinero quiere? —preguntó al fin.

La sorpresa no inmutó a Logan, que se limitó a rascarse la barbilla.

—Hombre… eso depende de lo que desee usted comprar.

—No se haga el idiota; sabe a qué me refiero… —Sus manos presionaron nerviosamente el bolsito de piel—. Desde luego, no dispongo de una gran cantidad…

—Es una pena —dijo Jerry por hablar algo coherente—. Pero vista su insistencia en favorecerme de alguna forma, le sobran a usted medios para hacerme un hombre feliz.

—Quítese esa idea de la cabeza —murmuró ella con los dientes apretados.

—Usted se lo dice todo, señora…

La joven hizo un mohín furioso para quitarse las gafas oscuras, dejando al descubierto sus brillantes ojos verdes, mas su cólera no pudo sostener la serena mirada de Logan. La piel de su garganta vibró ligeramente antes de emitir un pequeño sollozo. El detective

dejó que transcurrieran unos segundos, antes de sugerir con voz amistosa:

—¿Por qué no me pregunta si puedo ayudarla en algo?

Miró al detective con cierta sombra de duda.

—¿No es usted de la agencia «Keyhole»?[1]

—¡Oh, sí…! Prácticamente, la agencia misma en persona.

—Entonces, señor Kennedy, no diga a mi marido la verdad de lo ocurrido con el collar de perlas.

Aquí radicaba el meollo de todo el asunto, y Jerry comenzó a ver con claridad la confusión existente.

—Yo no soy el señor Kennedy; el viejo es el dueño de la agencia, aunque prácticamente, se dedica a tomar solamente los recados telefónicos. Yo llevo el peso del negocio; eso es lo que quise dar a entender hace un momento. Lamento con ello haber dado lugar a un malentendido.

La joven titubeó, con acentuada palidez en su rostro.

—¿Usted… no es el señor Kennedy?

—No, no lo soy. Ni sé quién es su marido, ni conozco tampoco la historia de ese collar de perlas.

Logan estuvo por unos momentos casi convencido de que ella iba a desmayarse. No ocurrió así; la joven volvió a ponerse las gafas con gesto abatido.

—Lo siento —musitó.

—Yo no; el viejo Kennedy es para mí algo más que un amigo, y un hombre justo. Si puede ayudarla en algo, lo hará; a pesar de ser un tipo severo con las cosas de su profesión.

—Debo marcharme…

—Hágalo si le place, pero no olvide que equivocadamente o no, ha estado siguiéndome durante tres días porque se halla en un apuro. Si usted no me habla, seré yo quien le haga preguntas a Kennedy; en este caso, ya por pura curiosidad, se entiende.

Se volvió a quitar las gafas, mesándose su cabello dorado en un mudo gesto de desesperación, mientras el detective aguardaba con impasibilidad.

—¿Ha oído usted hablar del juez
O'Brennan?

Logan silbó, dando a entender que sabía del apellido
O'Brennan

tanto como cualquier ciudadano que retuviera en su memoria la historia de la colonización de California, En las futuras elecciones, se hablaba de
O'Brennan
como uno de los dos posibles senadores por dicho Estado. Era un puritano y tradicional, y cuando en los medios populares se le mencionaban, hacíase preferentemente con el apelativo de el «Juez Acero». Su fortuna y su hacienda se suponían bastante saneadas, teniendo inclusive propiedades en Virginia, donde el primer
O'Brennan
fundó la dinastía americana allá por el mil seiscientos, a medias con una dama del grupo célebre de «Doncellas respetables», que fueron subastadas a los colonos por varias libras de tabaco.

—¿Usted es la mujer del juez
O'Brennan?

Ella asintió con la cabeza exteriorizando en voz alta sus pensamientos:

—Si mi marido descubre lo ocurrido con el collar… sería espantoso.

—¿Qué collar?

—Pertenecía a la herencia familiar… —Hizo un alto, para añadir con acento angustiado—: Tuve que darlo.

—¿A quién?

—No sé… me amenazaban… iban a entregar ciertas cartas a mi marido…

Chantaje. Jerry pensó en la frecuencia con que esto ocurre, siempre que a algún honorable caballero, cargado de dinero y de años, le da por contraer matrimonio con una joven beldad.

—Señora; si el collar, como yo espero, estaba asegurado, me temo que el lío en que se encuentra metida, se sale de lo corriente.

—No, no estaba asegurado. Ninguna de mis alhajas; mi esposo cree que a él nadie es capaz de robarle.

El detective no tuvo ganas de reírse. Le apenaba no poder hacer nada por esta especie de hada celestial que implora su personal ayuda. De antemano sabía también lo que iba a responder el viejo Kennedy.

—Bueno, me parece que no va a tener más remedio que contar toda la verdad a su marido.

—Antes me mataré.

Lo dijo sin patetismo de ninguna clase, y en el acto comprendió el detective que hablaba en serio.

—Verá, un chantajista es una especie de serpiente insaciable, que una vez enroscada a su cuello, no dejará de apretar hasta conseguir exhale usted el último suspiro. Usted sola no podrá nada contra ella; pida ayuda a quién mejor se la puede prestar. Y ése, es su marido.

Negó desatentadamente.

—Creo que usted no conoce a mi esposo. Tendría que hablarle de cosas anteriores a nuestro matrimonio… Su prestigio político, su apellido… Creo que no lo soportarla.

—¿Asesinó usted a algún anciano en sus años de soltera?

—No, pero era pobre. Llegar arriba, cuesta mucho.

—¿Qué sabe el viejo Kennedy de todo esto?

—Le dije a mi marido que había perdido el collar en la última fiesta que dimos en casa. Se llevó un gran, disgusto, y encargó a su agencia que hiciera indagaciones sin dar publicidad. Yo no quise recibir al señor Kennedy fingiendo estar indispuesta, pero él habló conmigo por teléfono. Por sus preguntas supuse que sospechaba algo. Sé que ha averiguado que, dos días más tarde, lucía todavía el collar en un té benéfico. Quise entrevistarme con él antes de que pudiera hablar con mi esposo, pero no me atreví a subir a la agencia.

—Ha perdido usted tres días maravillosos, señora. El teléfono, además, está para algo.

—Ésta era una gestión personal.

Desde luego que lo era, aunque sin posible remedio honrado por parte de nadie. Jerry se miró con aprensión la puntera de sus zapatos.

—Mire, hablaré con el viejo, aunque no le prometo nada. Para una agencia de investigación, la fidelidad al cliente es algo que no debe quebrantarse ni aun a costa de perder el cuero cabelludo. Cuestión de prestigio; igual que si alguien facilitara a los rusos nuestros planos secretos, o que un campeón del «Home Run», se vendiera al equipo contrario. No está bien… ¿comprende?

La joven inclinó la cabeza completamente desalentada.

—Sí. Nadie puede ayudarme.

—¡Bueno, yo no digo eso! Estudiaremos la fórmula, que consistirá en descubrir al chantajista. Espero que Kennedy comprenda que lo contrario sería arruinar un matrimonio; no obstante, tendrá que contarme algunas cosas anteriores a su matrimonio, señora
O'Brennan.

Los ojos de ella iluminaron brevemente, apretando en forma agradecida entre las suyas, una mano de Logan. El detective sintió en su estómago como si se encendiera una de esas bombillas rojas que iluminan la cúspide de los aparatos de medir la fuerza.

—No le prometo nada… —volvió a recordar con voz débil—. Mi nombre es Logan, Jerry Logan. Llámeme por teléfono a la oficina; trataré, inclusive, de concertar una entrevista con el viejo cabezota. Él también es muy sensible al color rubio…

—Señor Logan… yo no dispongo de grandes cantidades de dinero. Mi esposo me adora, y me da cuanto le pido, pero es muy meticuloso en cuanto a la justificación de gastos…

Logan lo suponía. Merced a esto, ahora el chantajista disponía de un collar recuerdo de familia, valorado en…

—¿En cuánto estaba valorado el collar?

—No sé… tal vez en más de cien mil dólares.

Jerry chasqueó los dedos.

—Demasiado dinero.

Luego, cuando ella se despidió hasta el siguiente día alejándose por el sendero caminando igual que una diosa, Jerry se estuvo contemplando más pensativo que nunca la punta de sus zapatos.

Es mucho dinero cien mil dólares. Demasiada miel para una serpiente.

Jerry dejó que transcurriera casi media hora, antes de abandonar el parque público. Cuando lo hizo, anduvo cabizbajo como si buscara por el suelo arenoso el alfiler de su corbata.

Estaba resentido con el viejo Kennedy. No era la primera vez que éste se reservaba para sí las primicias de algún caso importante, con la esperanza de poder brindar al final el asunto felizmente resuelto. En la mayoría de las ocasiones, el caso, no sólo no se resolvía, sino que Jerry tenía que intervenir sobre la marcha, tratando de ganar un precioso tiempo perdido.

Kennedy estaba acabado, él lo sabía, y no se resignaba. Los

tiempos y los métodos cambian, y ésta no era la época de la Ley Seca, o de llevar chalecos blindados debajo del pijama. Pero Kennedy era un viejo tozudo que creía estar de vuelta de todas las cosas, si bien es verdad, que básicamente, tampoco ignoraba demasiadas…

Pese a todas esas circunstancias, Jerry le apreciaba. Le apreciaba, con todo el sentido agradecimiento que un muchacho debe a un hombre de experiencia, cuando éste le saca de una pandilla de golfos, evitando que sus huesos vayan a parar por segunda vez a un reformatorio, y además lo coloca de recadero en su agencia de investigaciones, enseñándole todos los trucos del oficio, y la manera de hacerse un hombre digno. Él podía estar media hora gritando a Kennedy, llamándole viejo borrachín, y Kennedy amenazarle con darle un par de sonoras bofetadas, sin que en resumidas cuentas pasara nada… Pero esta vez el viejo le iba a oír. Además, Jerry quería ayudar a la chica, o mejor dicho, la señora
O'Brennan
y en esto, el veterano policía retirado, sí que iba a ser duro de pelar.

No era un asunto fácil, concretamente, para Jerry ningún asunto era fácil, siempre que sufrieran los sentimientos de cualquier dama cuyo perímetro torácico no midiera menos de setenta centímetros.

En el caso
O'Brennan,
bien es verdad que si lo poco que él sabía se hiciera público, se iban a conmover los cimientos de la buena sociedad californiana con más intensidad que si un maremoto agitara el contorno costero completo del mapa americano. El viejo Kennedy estaba en la obligación de comprenderlo así, prestándose a desenmarañar el asunto del chantaje, antes que dar lugar a que se originase el escándalo.

Con estas reflexiones llegó ante la oficina en Victoria Street, ascendiendo las escaleras dialogando consigo mismo. En ninguno de los dos despachos que consta la «Keyhole», se hallaba el viejo Kennedy. Ésta era la hora del almuerzo, y Jerry decidió esperar sentado en la butaca reclinable detrás del escritorio. Entraba el sol, y tuvo que echar la persiana sin que por ello le habitación recobrara un aspecto más fresco y acogedor.

Todo el mobiliario estaba muy gastado. El tablero de la mesa

apareciá señalado en sus bordes por las quemaduras de mil cigarrillos. Un diván prehistórico dejaba adivinar a través de la tela, la forma redonda de los muelles, igual que esos perros famélicos cuyo esqueleto se insinúa perfectamente bajo la piel. En la pared, varios diplomas enmarcados, y un par de fotografías de Kennedy en grupo con sus compañeros de promoción en sus años de policía.

Puede que hubiera que restaurar la oficina completa, incluido el local, pero a Jerry Logan todo esto le era querido y familiar, y gente con líos nunca falta en una ciudad como Los Ángeles para ir tirando como detective privado.

Varias moscas comenzaron a zumbar en la habitación, previniéndose Jerry con un ejemplar del «Times» a modo de antiaéreo, pero éstas, de tácito acuerdo, prefirieron unánimemente ir a posarse sobre la puerta del armario archivador empotrado. Logan recordó entonces que en dicho lugar, con las carpetas de todos los casos encomendados a la «Keyhole» desde su fundación, se hallaba igualmente, como símbolo tradicional, la botella de *whisky*.

Sintió pereza en levantarse, e ir hasta el archivo, roncando las moscas furiosamente en torno suyo cuando abrió la puerta. Allí estaba el *whisky*, mediado el casco de líquido ámbar.

Y Kennedy.

Doblado igual que un fardo, con un tiro en la nuca.

CAPÍTULO II

El teniente Kendrick y sus hombres llegaron a la agencia veinte minutos después de recibir el aviso. Jerry, con los ojos, enrojecidos, salió a abrirles.

—¿Dónde está?

Logan señaló con un movimiento de cabeza; luego, mientras el oficial de policía se inclinaba sobre el cadáver, prefirió pasar al despacho adjunto tomando asiento en una desvencijada butaca destinada a las visitas. Kendrick entró a los pocos minutos. Era alto y huesudo, de ojos tan grises como el color de su pelo. Miró a Jerry, que permanecía sin hablar, con el rostro demudado y los labios prietos.

—El que ha hecho eso al viejo, no es digno ni del vientre de una perra…

Se inclinó sobre Logan hablándole con voz afectuosa:

—Oye, hijo; ya sé que no es momento de sermones, pero esto es lo tuyo, y a los que nos exponemos los que tratamos con granujas. Todos queríamos a Kennedy, y hemos de hacer lo posible para que el que haya sido se arrepienta de haber venido al mundo.

Jerry se restregó el rostro como si se desperezara de alguna pesadilla. Luego dijo con voz ausente:

—Lo encontré así, Kendrick… no sé nada más.

—Jerry… tendrás que recordar los casos que traíais últimamente entre manos.

—Lo de siempre. Un par de infidelidades, abandono de familia, y alguna ratería.

Del despacho contiguo llegaron los destellos del «*flash*», mezclados con las voces de la plantilla técnico-criminal, esta vez, algo más reverentes de lo que Jerry recordaba, en comparación con otros casos. El viejo Kennedy era una institución dentro y fuera del cuerpo policial activo. Kendrick palmeó la espalda del detective.

—Si recuerdas alguna cosa que te parezca importante, debes decírmela, chico.

—Ahí mismo dónde está muerto, hay cientos de carpetas con nombres de tipos, en cuyas oraciones no cuenta el personal de la «Keyhole». Usted lo ha dicho antes, Kendrick: esto también entra en nuestra profesión.

El teniente de policía se encogió de hombros, dejando a Logan sólo en el antedespacho. En ese instante sonó el teléfono, y Jerry no tuvo más que alargar el brazo. Al otro extremo sonó una voz de hombre.

—Sí —repuso el detective ahuecando la voz.

—Soy Milton Garnett; he de verle esta misma tarde sin falta, Kennedy.

Jerry celebró su repentina intención de hacerse pasar por el viejo policía.

—¿Dónde…?

—Aquí en mi casa; ya sabe, Main frente al South Park… —La voz al otro extremo del hilo titubeó unos segundos advirtiendo algo anómalo—. ¡Oiga… usted no es Kennedy!

Jerry guardó silencio más tiempo del necesario, y el otro cortó la comunicación sin más comentarios. Era suficiente. El detective sonrió entre dientes, mientras hacía otro tanto con su auricular. Al levantar la cabeza, sorprendió al teniente Kendrick recostado tranquilamente en el quicio de la puerta.

—¿Quién era, muchacho? —preguntó.

—Una equivocación.

—Ya —avanzó hasta tomar asiento al borde de la pequeña mesa secretaria; aun así, su cabeza parecía rozar con el techo—. Una equivocación. ¿De quién, Jerry? ¿Tuya…?

—No estoy para chistes, Kendrick.

—Yo tampoco, hijo. Me molestan los trabalenguas; el viejo nunca jugó conmigo a los acertijos. Tú no tienes su escuela, Jerry, y eso no beneficia a nadie; mucho menos a Kennedy. ¡Anda, pasa a darle un vistazo!

—¡Déjeme en paz, Kendrick!

El aludido dio un salto de la mesa, para quedar a unos centímetros escasos del detective, mirándole con gesto encolerizado.

—Quieres hacer la guerra por tu cuenta, ¿verdad, hijo? «El vengador solitario»; mira qué título más bonito para una novela. Dejarás alguna pantera para nosotros antes de comértelas en crudo. No es por nada, pero queremos justificar el sueldo, antes de que el alcalde se entere de que existes tú y decida prescindir en pleno del cuerpo de policía.

Logan se alzó de su asiento, y, dando un pequeño rodeo para evitar el cuerpo del teniente, franqueó el umbral de comunicación, entrando en el otro despacho.

Ya habían movido el cadáver, marcando antes la silueta con tiza, y lo estaban registrando. Ahora el viejo se hallaba boca arriba, con los ojos espantadamente abiertos. La bala, al salir, había hecho un regular destrozo del maxilar inferior. Jerry tuvo que cerrar los párpados. Al volverse, tropezó con el teniente.

—¿Qué? No tiene un aspecto muy agradable, ¿eh?

El detective respiró profundamente antes de deletrear casi su respuesta.

—¿Por qué quiere que pierda los estribos, Kendrick?

—Debe ser por las ganas que tengo de darle unos azotes —se pellizcó los labios pensativo, antes de añadir—: ¿Quién me dice, además, que no lo has hecho tú?

Alguien, junto al cadáver, soltó una risita, y los ojos grises del teniente se dirigieron como sopletes hacia el suelo acallándose casi en el acto todo tipo de ruidos. Jerry iba a replicar al oficial de policía cuando uno de los hombres, que registraban el cadáver, hizo una observación:

—No tiene agenda personal, teniente.

—Puede que la guarde su ayudante —repuso el aludido, tendiendo su mano abierta hacia Jerry. Éste hizo una señal negativa.

—No he tocado nada.

—Kennedy tenía agenda. Todo el mundo tiene agenda; hasta los repartidores de leche —dijo el policía con mal humor—. Vas a permitir que te registre, muchacho.

—Hágalo; no he tocado nada.

El propio Kendrick le estuvo cacheando, hasta dar con el libro de notas personal de Jerry.

—No te importa que lo ojee un poco, ¿verdad?

—Sí, me importa.

El policía pareció ignorar la respuesta; al cabo de un rato, se lo devolvió nuevamente.

—¿Puedo marcharme ya?

—Mañana quiero verte, a ver si tienes la cabeza más despejada.

—Estaré aquí en la oficina… si no la precintan.

—Es mejor que Mahoma vaya a la montaña; siento no llevar tarjetas de visita encima, pero preguntando se llega a Roma.

Jerry miró por última vez a Kennedy, notando un extraño picor en la garganta.

—Adiós, viejo…

Luego salió, arrastrando los pies, como si llevara plomo en los zapatos.

Su almuerzo fue un vaso cargado de *whisky*, y aun así, le costó cierto trabajo ingerirlo. De esta forma permaneció por espacio de casi tres horas en el rincón de un bar de la avenida Oeste, dándole vueltas al asunto.

Nada de lo ocurrido era admisible. Kennedy, muerto por la espalda igual que un perro sarnoso. Jerry trataba ahora de imaginarse lo ocurrido, rechinando al mismo tiempo los dientes. Indudablemente el viejo buscaba algo en el archivo, cuando alguien le disparó a traición. Las salpicaduras de sangre en las carpetillas a la altura de su cabeza, indicaban esto claramente. Quienquiera que fuese estaba allí hablando quizá del calor, o de la carrera de armamentos. O puede que de otra cosa más concreta; algo que interesara tanto como la muerte del viejo. Al final le hurgaron en los bolsillos, llevándose la agenda que Jerry le regalara su último cumpleaños, con cantos dorados y tapas de cocodrilo. Asesinar es pasar una esponja. Pero ningún asesino tiene suficiente buen pulso para borrarlo todo…

Ahora su instinto le hacía pensar en su entrevista de esa mañana con la esposa del juez
O’Brennan,
Kennedy había comenzado este asunto enterándose Jerry de forma puramente accidental. ¿O no…? Un asesinato siempre beneficia a alguien, a no ser que éste se cometa por venganza, o por un ser anormal. En el segundo caso nadie se detiene a registrar bolsillos; la venganza en la persona del viejo Kennedy, era algo casi descartado.

Quedaba la misteriosa llamada telefónica del tal Milton Garnett, de la calle Main frente al South Park. Con una guía de calles, le fue fácil localizar el domicilio, sabiendo el nombre del tal Garnett, y su emplazamiento aproximado. Figuraba como abogado, y la casa parecía un edificio de apartamentos.

Sólo tuvo que enfilar con su coche por la Avenida Vermont varias manzanas, para llegar ante la casa del abogado. Era más lujosa de lo que Jerry esperaba. En el casillero de correspondencia leyó el nombre de Milton como inquilino del octavo piso, y sin dudarlo tomó el ascensor, descubriendo inmediatamente la puerta del abogado.

Pasaron algunos minutos antes de que acudieran a su llamada. Cuando la hoja de madera se abrió, Jerry pudo precisar la figura atlética de un hombre relativamente joven. Iba envuelto en un batín de seda. Fumaba en boquilla y su aspecto físico hubiera hecho rechinar los dientes de envidia a más de un galán maduro de la cantera «made in Hollywood». Miró a Logan como si se tratara de un repartidor de telegramas.

—¿Milton Garnett? —El aludido asintió bajando los párpados—. Me llamo Logan. Esta mañana tuvimos ocasión de hablar por teléfono.

El otro hizo un gesto de extrañeza.

—No recuerdo…

—Sí. Usted llamó a la oficina del señor Kennedy. Él no puede venir.

—No conozco a ese señor. Yo no he llamado a nadie. Sin duda debe tratarse de alguna broma.

Su acento resultaba forzado. Hizo una leve intención de comenzar a entornar la puerta, pero Jerry contrarrestó el movimiento con el hombro.

—Puede que se trate de una broma, señor Garnett, pero el que la hizo imitó su voz a las mil maravillas.

—Lo siento, pero estoy ocupado.

Esta vez quiso cerrar sin ninguna delicadeza, frenando el detective la madera con el zapato. Jerry, sonriente, avanzó su cabeza sobre el hombro del otro, Olfateando el interior de la lujosa estancia.

—Seguro que tampoco conoce a la señora

O'Brennan…
Sin embargo, yo juraría que el perfume que estoy oliendo no son orines de gato.

El abogado pareció desconcertarse durante algunos segundos, que Jerry aprovechó para empujar del todo la puerta. Desde el otro extremo del salón, sonó una vos femenina que Logan ya conocía.

—Déjale pasar, Milton.

El otro se hizo a un lado murmurando algo con fastidio, cerrando después, con un portazo. Jerry hizo una leve reverencia.

—Buenas tardes, señora
O'Brennan.

Ella no respondió al saludo. Se hallaba sentada en el antebrazo de un sillón, vestida con uno de esos trajes cuya sencillez no radica precisamente en el precio. El detective la examinó, como si tratase de una porcelana.

—Gracias por su ayuda, señora —volvió a hablar.

Milton se interpuso entre ambos, diciendo disgustado:

—Diga de una vez qué es lo que quiere…

—Esta mañana usted llamó a la oficina de…

—¡Bien, suponga que es así! Usted no es el señor Kennedy.

—Afortunadamente: él ha muerto asesinado.

El detective intentó captar el gesto emocional de la pareja, cuando ambos lanzaron una exclamación de sorpresa. Milton Garnett fue el primero en hablar.

—¿Es usted policía?

—No del todo. La señora
O'Brennan
puede hacer mi presentación.

—Es de la agencia de investigaciones del señor Kennedy —dijo ella.

Milton terció desabrido:

—Bueno… ¿Y eso qué nos importa a nosotros?

—A usted, no sé; a la señora
O'Brennan
temo que sí.

La vio palidecer ligeramente. El abogado le señaló con la boquilla de ámbar.

—Explíquese con claridad.

—Yo no; es usted quien tenía ganas de charlar.

Milton dio un paso hacia delante en forma amenazadora.

—Lárguese…

—De acuerdo, hermano. Si no le resulto simpático, puede venir la policía en mi lugar.

Hizo intención de abandonar la habitación, más cuando tenía apoyada la mano en el picaporte, la voz de la mujer le detuvo.

—Señor Logan… —Vino andando hasta quedar a medio metro escaso de él—. Creo que estamos todos un poco nerviosos. Tome asiento, por favor.

Le indicó un amplio sofá en el centro del salón, aceptando Jerry la invitación sin demostrar gran entusiasmo. Milton Garnett permaneció en el mismo sitio sin variar su gesto adusto.

—No le hagas caso, Myrna —dijo entre dientes—, es sólo un fanfarrón.

Ella hizo caso omiso del abogado, tomando asiento junto al detective.

—El señor Garnett está al corriente de todo —dijo—. Es mi abogado, y al mismo tiempo ayudante de mi marido. Trata también de ayudarme.

—¿Fue por encargo suyo el llamar a Kennedy?

Myrna O'Brennan dudó unos segundos antes de responder:

—Sí, estaba dispuesta a contarle toda la verdad.

—Esta mañana no quedamos en eso, señora. Debía usted esperar a que yo tratara de convencer al viejo… y alguien se nos ha adelantado a los dos —se puso en pie con un marcado gesto escéptico—. Su esposo encomendó a la «Keyhole» un asunto, y aunque Kennedy ha muerto, la agencia no cierra por defunción. Temo que tendré que informar a nuestro cliente de todo lo ocurrido.

Garnett vino hacia él arqueando sus hombros igual que un gorila.

—¡Usted no hará eso…!

—Hace bien en disgustarse, amigo; creo que a su jefe no le van a hacer gracia esta especie de convenciones secretas con su mujer…

El puño de Garnett salió disparado demasiado rápido antes de que Jerry pudiera evitarlo. Más tarde se lamentó de no haber

previsto el que esto ocurriera…

Cuando el detective volvió a abrir los ojos, se hallaba delicadamente acostado a todo lo largo del diván. Myrna O’Brennan, a su lado, le frotaba la cara con una toalla empapada de agua fría. Jerry notó su mandíbula como si fuera de corcho.

—Me está bien empleado —dijo.

Buscó furioso con la mirada al irascible abogado.

—Se ha ido —musitó ella—. Me costó trabajo convencerle.

—Pues es una pena. No me gusta que nadie me pegue; no me gusta.

—A Milton tampoco le agrada que nadie ofenda a una mujer.

Logan apoyó trabajosamente los pies en el suelo.

—Lo siento; perdóneme —se acarició el rostro con cierto embarazo—. Kennedy era para mí algo más que un amigo. Y ahora él no está para contarme toda la verdad.

—¡Cuanto yo le he dicho es cierto!

—Me he referido a toda la verdad, señora, y usted sólo me ha contado parte.

Myrna O’Brennan se retorció las manos, para decir con voz apurada:

—¡Si ustedes dos no hubieran comenzado a insultarse…!

—¡Ah! ¿Depende entonces del campeón de box? —Se puso en pie avanzando hacia la puerta—. Le aseguro que no es mi tipo.

Ella se interpuso en su paso, deteniéndose Jerry con la pesadez de un elefante ante el «telón de perfume».

—¡Por favor, señor Logan… concédame veinticuatro horas!

El aludido se rascó la dolorida barbilla.

—No puedo prometerle nada; se lo dije en un principio. Por otra parte, no depende de mí: Se trata de un asesinato.

Salió sin que esta vez hiciera ella intención de detenerle. Jerry sabía que antes del plazo solicitado la mujer iría a verle; y si no era así, tampoco estaba dispuesto a apartarse de los planes trazados, ni a dar cuartel a nadie. Lo sentía por el apellido O’Brennan, y por la Historia de los Estados Unidos; o mejor dicho, le importaba todo un maldito rábano.

Anduvo toda la tarde preparando el sepelio de Kennedy. El viejo no tenía familiares, y Jerry le encargó la corona más grande que encontró, en una florería. El resto de los trámites le llevó aún varias horas, y, ya anochecido, se acercó al depósito.

Kennedy estaba amortajado con su antiguo uniforme de guardia raso, y varios antiguos compañeros irlandeses le daban escolta. Jerry estuvo dando vueltas por allí, igual que un perro fiel a punto de ser acometido por la rabia.

A medianoche abandonó el local, encaminando sus pasos hacia la oficina de Victoria Street. Ahora la calle entera estaba silenciosa. Ante la puerta del despacho comprobó que Kendrick no había estimado oportuno el precintar la agencia o poner vigilancia, y se alegró de que así fuera. Esto, para Jerry, constituía un remanso de paz.

Fue a meter el llavín, y se dio cuenta entonces de que la puerta estaba ligeramente entornada. Algo intuitivo le advirtió que esto no era cosa fortuita, y menos a cargo de la policía.

Extrajo el revólver de su bolsillo, y con todos los nervios en tensión, empujó levemente la puerta procurando no hacer el menor ruido. Nada más introducir la cabeza en el antedespacho precisó con suma claridad la presencia de alguien en la habitación adjunta. El rayo de luz de una linterna se reflejó a través de la puerta de comunicación.

Jerry quitó el seguro de su arma dispuesto a hacer fuego, y en ese instante, la puerta de cristales chirrió levemente al dar paso por completo a su cuerpo dentro del despacho. Casi en el acto se cortó el haz de luz, cesando por completo los ruidos en la habitación contigua. El detective comprendió que su presencia acababa de ser advertida. Comenzó a sudar mientras caminaba de puntillas. Logan apoyó su espalda contra la pared, pensando si el hombre, al otro lado, acariciaba también un gatillo…



El revólver cayó al suelo...

Junto al marco, en la parte interior, se hallaba el conmutador. Deslizó la mano con sigilo dispuesto a inundar la habitación de luz, e intimidar a su contrincante con el arma, mas éste debía estar al tanto de sus intenciones, ya que Jerry sintió como de repente alguien le aferraba el brazo en la oscuridad para voltearle en el aire

como si se tratase de una pluma. Fue a dar contra la mesa escritorio crujiendo el mueble lastimosamente mientras se clavaba el macizo tintero de cristal en los riñones; luego, ante el temor de oír alguna detonación, se lanzó al suelo al mismo tiempo que el otro trataba de ganar la puerta de comunicación. Tropezó con sus piernas, y ambos se enredaron a golpes, forcejeando en el suelo.

El nocturno visitante era lo suficientemente fornido como para hacer jadear a Jerry igual que una locomotora vieja. Sintió ganas de vomitar cuando el otro le aplicó un rodillazo en el estómago; entonces el detective disparó el puño chocando en la oscuridad contra el rostro del asaltante, que lanzó un aullido de dolor. Quiso repetir la suerte, golpeando esta vez sus nudillos contra el suelo, y esta circunstancia la aprovechó el intruso para afianzar a Jerry por el cuello volcándole contra los baldosines.

Las manos eran como imponentes garras, demasiado vigorosas como para exponerse a perder preciosos segundos en desasirlas de su garganta. Al tacto, los dedos de Jerry tropezaron casualmente con una pesada linterna de pilas. Medio asfixiado, balanceó el tubo metálico con todas sus fuerzas, para chocarlo con providencial precisión en la cabeza del otro.

El golpetazo sonó como lo haría una sandía al ser arrojada contra el pavimento desde un quinto piso. La presión en el cuello del detective fue cediendo, hasta rebotar el cuerpo del salteador contra el suelo.

Jerry se incorporó, respirando con perentoria angustia. Caminando con dificultad fue hasta el interruptor, que pulsó con energía.

La luz invadió la estancia, para descubrir en medio del desorden reinante, la abatida figura de Milton Garnett, el abogado, dormido plácidamente mientras se comenzaba a formar un enorme chichón en su cabeza.

CAPÍTULO III

Cuando Milton Garnett recuperó el conocimiento, se encontró sentado ante el escritorio de Logan, mientras éste, sonriente, se rascaba la barbilla con el cañón de una pistola. El abogado se tocó la cabeza, lanzando un gruñido de dolor.

—De haberme preguntado esta tarde le habría indicado las horas laborables de oficina —apuntó Jerry socarronamente.

—Estando a oscuras no supe que se trataba de usted —gruñó Milton.

—Lo mismo digo. De todas formas ha sido una suerte para usted, que de entrada perdiera el revólver.

—Puede apartarlo; no le hace ninguna falta.

—¡Ya lo creo! Verá, Garnett; por razones del oficio yo no soy muy exigente en lo que respecta a las visitas… siempre que estas entren apretando el timbre. Quiero decir que si intenta sonarse las narices, le descerrajo un tiro.

Pese al tono jovial de sus palabras, el abogado tragó saliva.

—Quiero que hablemos, Logan.

—No me haga reír, compadre —dijo el detective, mostrando todos sus dientes en una sonrisa congelada—. El que asesinó hoy a Kennedy puede que entrase en la oficina por el mismo procedimiento que ha empleado usted. Le que es evidente es que ambos han venido buscando una misma cosa… o quizá no tuvo usted tiempo de encontrarla esta mañana.

El abogado palideció ligeramente.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh! Le ruego que no tome en cuenta mis consideraciones; después de todo, nadie mejor que la policía para ayudarle a sacudir el polvo de su hermosa conciencia.

—¡Usted no hará eso, Logan! —protestó Garnett, aferrándose con ambas manos nerviosamente al borde de la mesa.

—¿Ah, no…? Es ésta la segunda vez en el día que me dice esas palabras… y voy a demostrarle que se repite usted demasiado.

Jerry adelantó su mano hacia el teléfono, gritando el otro en forma vehemente:

—¡Por amor de Dios, espere un poco, Logan!… Al menos por ella… —terminó con voz débil.

Sudaba copiosamente. El detective acarició pensativo el teléfono como si pasara su mano por el lomo de un gato. Al cabo de unos segundos de duda, habló accionando con la pistola:

—Garnett, no me gustan las historias complicadas, tengo poca imaginación. Piense bien en lo que va a decirme; lo más probable es que, al final, utilice el teléfono de todas maneras.

El abogado extrajo el pañuelo del bolsillo superior de su americana, para enjugarse el sudor del rostro.

—Déjeme primero explicarle y después tome la determinación que mejor guste… —se aclaró la garganta, respirando acto seguido profundamente—. Usted ha oído hablar del juez
O'Brennan;
en las próximas elecciones es muy posible que salga elegido senador, y con ello tiene gran probabilidad de ser uno de los nueve magistrados de la Corte Suprema. Yo soy su más inmediato ayudante, Logan; relativamente joven… y tengo también mis ambiciones políticas. Un escándalo público lo echaría todo a rodar…

—No creo que el juez
O'Brennan
estuviera muy conforme, con algunos aspectos de esta conversación —interrumpió el detective.

—A eso voy. Trabajo para él desde hace varios años… —Se pasó la mano delicadamente por la prominencia formada en su cabeza, como si le costara trabajo el abordar esta nueva fase del diálogo—. Conozco bien a Salomón
O'Brennan:
si él pudiera, no admitiría en su despacho ni a una mosca adúltera. Es un gran hombre, más por eso vive en un mundo aparte. A Myrna la conoció durante una fiesta en mi casa; se la presenté teniendo que inventar algo sobre su origen bostoniano, aunque dudo siquiera que me escuchara. Al mes justo contrajeron matrimonio…

—¿Qué clase de amistad tenía usted con la señora O'Brennan antes de contraer esta matrimonio?

Garnett se sonrojó ligeramente, eludiendo la mirada del detective.

—¡Oh, pues…! Bueno, en realidad esto no afecta grandemente a la historia.

—Puede que no; depende simplemente del tipo de amistad que sigan ustedes manteniendo ahora.

El abogado soltó una imprecación, incorporándose a medias de su asiento para mirar a su impasible interlocutor con el rostro congestionado.

—¡Es usted un…! —se contuvo, desinflándose su cólera rápidamente, igual que se vacía de aire un globo pinchado. Más aplacado, añadió con acento sincero:

—Juro por mi honor que entre ella y yo no existe actualmente nada reprobable.

—Pero usted sigue enamorado de ella… ¿no es cierto, Garnett?

El abogado apretó los dientes.

—Logan… estoy intentando tener con usted una conversación razonable…

—¡Oh, bien… bien! Por mí no lo tome a pecho; siga…

—Myrna y su esposo son felices; ambos se adoran. Hace pocos meses, en un traslado de domicilio, perdí ciertas cartas…

—¿De ella?

—Sí… Bueno, quiero decir anteriores… ¡Maldito si sé por qué las guardaba! El caso es que la mitad de ellas estaban sin fechar, y pueden interpretarse como escritas en épocas recientes… Usted ya me entiende… si esto se hace público es la ruina para O'Brennan, su esposa y yo.

—Kennedy no cuenta, ¿verdad?

—No tiene evidencia de que su muerte guarde alguna relación con esto…

—Cuando llegue a la parte en que me explique qué es lo que buscaba aquí esta noche, se lo diré.

El abogado hizo un gesto imponiendo paciencia.

—Alguien vio el partido que podía sacar a las cartas, y

comenzaron a pedirme dinero.

—¿A usted solo?

—Sí, en principio, sí. En tres entregas me quedé sin un centavo, y debiendo más de lo que podré ahorrar en dos años. Con la última cantidad, hice un esfuerzo creyendo que rescataba las cartas, pero los sobres sólo contenían papeles en blanco.

—¿A quién hizo las entregas?

—A nadie en concreto. Siempre he depositado el dinero en un sobre, dejándolo en lugares aislados.

—¿Nunca se ha entrevistado con nadie?

—No; además, ¿qué adelantaría? —Jerry esbozó un gesto convencido, y el otro prosiguió—: Anteriormente yo no dije nada a Myrna, más cuando vieron que yo no contaba con dinero, se dirigieron a ella. Hizo un disparate; asustada, antes de consultar conmigo, entregó el collar. Yo le sugerí lo de la pérdida, y O'Brennan pidió los servicios de Kennedy por entender que éste se trataba de un hombre sumamente íntegro y discreto. Me imagino que a su compañero no le costó gran trabajo adivinar que la tal pérdida era sólo una mentira.

—¿Qué más sabía Kennedy?

—Lo ignoro. Eso es lo que vine a buscar aquí esta noche. Supuse que él tendría iniciado lógicamente algún expediente, y no quise que cayera en manos de la policía. Esto hubiera dado al traste con todo.

Jerry se rascó el cogote con el cañón del revólver. Las palabras del abogado podían ser o no verdad, pero era mejor aceptar el curso de los acontecimientos, antes de que con la intervención de la policía se originara el temido escándalo.

—Queda por aclarar su llamada telefónica de esta tarde, Garnett.

El abogado osciló la cabeza con ademán de cansancio.

—Kennedy estuvo a interrogarme en mi casa con motivo de la pérdida del collar. Esta misma mañana después que Myrna me informó sobre su encuentro con usted en el parque zoológico, la aconsejé que se entrevistara con Kennedy en mi domicilio a fin de contarle todo. Existía, además, una reciente circunstancia, que le hubiera inclinado a ayudarnos si en verdad era una persona

comprensiva.

—¿Qué entienden ustedes por «comprensivo»? —preguntó Jerry con cierta sorna.

Milton Garnett abrió la boca para tomar aire mirando al techo, igual que un pez mortalmente atrapado.

—Hoy recibí otro aviso. Debo entregar diez mil dólares de aquí a mañana.

El detective silbó entre dientes.

—Creía que lo consideraban a usted exhausto.

—Yo también; pero lo cierto es que me mantengo en pie como esos mulos tercos, dispuesto a morir reventado, o que esos hijos de perra se sacien.

—¿Va a entregar el dinero?

—Sí; mañana a las ocho en Wilmington, junto a los «docks». Lo he pedido prestado.

El detective movió la cabeza.

—Ésa no es solución, Garnett, y usted lo sabe.

El otro adelantó las palmas de las manos en ademán consternado.

—¿Y qué quiere que haga…? Sugiérame usted algo mejor.

—Atrapar al tipo que les extorsiona. Iré a recogerle a su casa a las siete; de todas formas, tenga preparado el dinero.

Se puso en pie, imitándole el abogado. Éste, sonriente, adelantó su mano.

—Gracias por todo, Logan.

Jerry fue a estrechar su diestra, pero el otro, con un movimiento rápido, le atenazó por la muñeca, y haciendo palanca, logró que el detective describiera una limpia parábola sobre la mesa para ir a caer de cabeza sobre la papelera. En lo inesperado de la cabriola, el revólver salió despedido de su mano.

Cuando Jerry se incorporó, rabioso, ya el, otro le miraba sonriente desde la puerta, rascándose el chichón de la cabeza.

—Estoy seguro de que a plena luz, le hubiera dado una paliza, Logan. Hasta mañana.

Tuvo que transcurrir todavía un cuarto de hora desde su marcha, para que el detective admitiera con desgana que se trataba de una broma.

El sepelio del viejo Kennedy tuvo más concurrencia de la que

Jerry esperaba. Casi la totalidad de sus antiguos compañeros, y gran parte de la plantilla en ejercicio.



Encontró el cadáver del joven apuñalado...

El teniente Kendrick aprovechó uno de los momentos de la ceremonia para hacer un aparte con Jerry.

—¿Nada nuevo, chico?

—No. Cuando lo haya iré a verle al Departamento.

—Oye, Jerry… ¿a qué cliente intentas proteger?

—Actualmente no trabajo para nadie. No pienso hacerlo hasta que se aclare lo del viejo.

—Ya. Y lo vas a arreglar tú solo, ¿no es eso?

—No es eso. Cuando les necesite, les llamaré. Y no me diga, Kendrick, que no puede vivir sin mi colaboración.

Los ojos del teniente brillaron como dos espejos.

—Mira, hijo; te aprecio bastante, pero como tenga ocasión, voy a darte un disgusto serio. Te valdrá mucho para el futuro.

—Gracias, Kendrick. Perdone que haya agotado todas mis lágrimas en el entierro.

Dio media vuelta, dejando al policía poco menos que despidiendo vapor por las narices.

De regreso, Jerry volvió a la oficina. El día anterior había mandado publicar un anuncio solicitando secretaria, y ya tenía tres esperándole en el pasillo. Sin necesidad de examen, se quedó con la que supuso resultaría más ornamental para el despacho.

—¿Cómo se llama?

—Sylvana.

—¿Sabe escribir a máquina?

—No; pero ya aprenderé.

Jerry se rascó una oreja.

—Bueno… de momento con que atienda al teléfono y las visitas, es más que suficiente.

La tal Sylvana era una morena abundante en todo, pero comprimida dentro de sus ropas igual que el relleno de un chorizo. Se inclinó para enderezarse una media, mientras decía con voz melodiosa:

—Espero que no tome a mal si pido informes de usted, señor Logan.

—¡Claro que no, hija! Ahora sea buena, y estese metidita en ese despacho —repuso mientras le daba un cordial azote.

Sylvana sacó de su bolsillo una novela rosa, encerrándola Jerry en la habitación destinada a secretaria. A los diez minutos la joven asomó la cabeza.

—¡Eh! Al teléfono.

—¿Quién?

—No sé; no es para mí.

Jerry masculló algo entre dientes, mientras descolgaba el auricular.

—Al habla…

—¿Señor Logan? Aquí el despacho del juez
O'Brennan.
El juez le ruega que pase por aquí cuando pueda; preferiblemente hoy por la mañana.

—De acuerdo; deme la dirección.

Tomó nota en un bloc, preguntando acto seguido:

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Con su secretario: Milton Garnett.

Jerry soltó una risita al comprender cómo el acento temeroso del abogado le había impedido en un principio el reconocer su voz.

—Encantado, señor Garnett —dijo zumbón—. Estoy haciendo gimnasia sueca con la papelera; iré para allá en cuanto acabe.

Colgó. En el despacho de al lado, Sylvana leía masticando chicle. Levantó la cabeza para mirar a su jefe.

—Anote el nombre y el teléfono de todo el que venga o me llame. ¿Sabe escribir a mano, verdad, preciosa?

La joven abrió la boca ofendida.

—¡Claro! ¿Por quién me ha tomado?

Jerry salió a la calle, pensando en el tipo de imprecaciones que soltaría el viejo Kennedy, caso de que levantara la cabeza. En su «Buick» fue hasta la avenida Central, lugar en que radicaban las oficinas del juez
O'Brennan,
El edificio era moderno, con fachada de mármol, y bastantes pisos. El detective aparcó el coche, subiendo después hasta la décima planta, saliendo a abrirle una secretaria de características singularmente opuestas a la que acababa él de adquirir.

El despacho resultaba aristocráticamente lujoso. En el recibimiento se veían dos valiosos lienzos pintados por John Copley y William Morris Hunt. Ambos óleos debían valer una, fortuna. Milton Garnett hizo su aparición a los pocos minutos, saludando a Jerry como si le viera por primera vez en su vida.

—El señor
O'Brennan

le espera; sígame, por favor.

Mientras caminaban por un alfombrado piso, el abogado le miró suplicante.

—No tema —susurró el detective entre dientes.

Milton se detuvo ante una gran puerta de caoba, abriendo sin llamar. Al fondo de la estancia, un hombre alto, con el pelo gris, se levantó para recibir a Logan, saliendo de detrás de una mesa la suficientemente grande como para servir de pista de aterrizaje, a un portaviones.

Toda la soberbia apariencia del despacho le hizo sentir a Jerry la misma sensación que si hollara la sede presidencial de la Casa Blanca. Nada desentonaba con la estudiada sobriedad del lugar, incluida la personalidad de Salomon
O'Brennan.
Éste iba vestido de gris, y en su atuendo no se veía la menor arruga.
O'Brennan
tendría alrededor de cincuenta y cinco años, y aun disfrazándole de mariachi, cualquiera habría advertido que se trataba de un juez por tradición familiar.

Extendió el detective su diestra, con un gesto irreprochablemente comedido. Garnett iba a retirarse, pero el hombre de gris le detuvo con un gesto.

—Puedes quedarte, Milton —dijo.

El otro aceptó la indicación con sumo agrado. Los tres hombres tomaron asiento en unos butacones cuyo revestimiento imitaba motivos de la Edad Media según el tapiz de
B'ayeux
«La conquista de Inglaterra por los normandos».
O'Brennan
fue el primero en hablar.

—He leído en los periódicos lo ocurrido al señor Kennedy. Lo siento. Últimamente le tenía encomendado un pequeño asunto.

—Sí; estoy al corriente.

El juez arrugó el entrecejo.

—¿Le informó él?

—Sí… —mintió Jerry. De reojo vio cómo el abogado respiraba tranquilo.

—Dije a Kennedy que llevara el asunto con la mayor discreción.

—Yo era su ayudante, señor O'Brennan; prácticamente, su protegido.

El juez hizo una muda señal de aprobación.

—Bien; esto me ahorra el tener que darle explicaciones sobre el asunto. Como sabe, mi esposa ha notado la falta de un collar de perlas; es valioso y no estaba asegurado, mas no es esto lo que me importa. Dicha alhaja pertenecía al patrimonio familiar; como otras muchas en mi poder, se heredan, pero no puede hacerse libre uso de ellas siempre que se comprometa su propiedad fuera de la familia.

—¿Qué herederos directos hay además de su esposa?

—Sólo mi sobrino Sidney; es abogado y trabaja para mí. Por eso tampoco me preocupa… hasta el punto de que en este momento está escuchando detrás de la puerta.

Dijo esto sin perder para nada su habitual compostura, mirando indolentemente una pequeña puerta de comunicación, detrás de su mesa de despacho. Jerry hubiera jurado que tras ella se oyeron pasos precipitados; esperó a que el juez volviera a hablar, mas ante su aire imperturbable, creyó oportuno hacer una pregunta:

—Bien… entonces, señor O'Brennan, ¿qué es lo que le inquieta?

—Antes, la joya… y ahora también, por supuesto, hasta el extremo de que no me hubiera importado, a su devolución, gratificar con una cantidad equivalente al precio de la misma… Siempre que no haya que hacer tratos con ladrones, se entiende.

—Su esposa manifiesta haberla perdido —apuntó Milton Garnett.

—Es probable; pero Myrna es demasiado ingenua para considerar estas cosas. Tú la conoces, Milton. Hago esto para evitarla el disgusto infantil que tiene desde la dichosa desaparición.

—Creo haber entendido, señor O'Brennan, que alguna otra cosa le preocupa por encima de todo esto —terció el detective.

—Sí. Verá… Ayer mañana Kennedy me llamó por teléfono indicándome que creía saber el paradero del collar. Iba a venir a visitarme, y me dio más datos —hizo una pausa—. Luego le

asesinaron. Me repugna suponer que su muerte haya podido tener relación alguna con el collar. Quiero que usted me ayude a aclarar esta duda, señor Logan.

—¿Por qué?

El juez O'Brennan rompió por primera vez su habitual hieratismo para acariciarse el cabello gris.

—Publicitariamente, éste sería un asunto bastante enojoso… Mas es mi obligación, y la de cualquier ciudadano honrado, el comunicar nuestras sospechas a la policía.

Milton Garnett lanzó un ligero hipo. Al mirarle Jerry, advirtió en su rostro la dura placidez de una torta de asilo. El detective salió airosamente al paso:

—Si yo tuviera esta evidencia, estaría plenamente de acuerdo con usted, señor O'Brennan… Nuestra profesión no es precisamente la de pastor evangélico; desgraciadamente nos sobran enemigos —entrelazó los dedos de sus manos para añadir mirando al suelo—: Deseo que me encomiende usted seguir con la investigación. Le prometo no hacer nada que se aparte de cualquier procedimiento legal… o mejor dicho, de una finalidad verdaderamente honesta.

El juez se puso en pie.

—De acuerdo, señor Logan. Téngame al corriente de cuánto ocurra. Si precisa dinero a cuenta, entiéndase con Milton.

En el pasillo se cruzaron con un joven alto y delgado, de mirada huidiza, que saludó a Garnett sobre la marcha. Su cierto parecido con O'Brennan le hizo suponer al detective que se trataba de su sobrino.

El abogado acompañó a Jerry hasta la misma puerta; allí le tendió la mano.

—Gracias por todo, Logan —dijo.

—No lo enfoque de esa forma, Garnett; es conveniente que sepa que no intento favorecer a nadie. Mi único cliente acabo de enterrarlo esta misma mañana.

CAPÍTULO IV

A las siete en punto, Jerry oprimía el timbre de la casa de Milton Garnett. El abogado salió a abrirle con su boquilla de ámbar y en batín de seda.

—Adelante, Logan.

Como el día anterior, en el centro de la habitación se hallaba Myrna O'Brennan.

El detective inició una sonrisa burlona.

—A lo mejor llevo el reloj adelantado —dijo.

Garnett intervino con tono paciente:

—No sea, mordaz, Logan; Myrna viene a darle las gracias por su discreción de esta mañana.

—Respecto a eso, creí haberle hecho ya una aclaración.

Myrna O'Brennan asintió bajando los párpados.

—En cualquier caso, su actitud nos beneficia.

—Lo celebro. Ahora, si a usted no le importa, Garnett, le recuerdo que tenemos una cita a las ocho.

—Tenemos tiempo —dijo esto mientras penetraba, desabrochándose el batín, en lo que parecía un dormitorio.

Jerry y la mujer del juez se quedaron solos.

—Esta mañana he conocido también a su sobrino. Un muchacho repugnantemente encantador.

Ella quiso eludir el tema.

—Sí; Sidney no es mal chico…

—No tiene más defecto —prosiguió el detective— sino que le gustaba escuchar detrás de las puertas. Quizá por esto su marido le desprecie.

La mujer hizo un mohín de disgusto.

—Mi esposo no desprecia a nadie… y mucho menos a su sobrino.

—¿Y a usted le tiene antipatía, señora O'Brennan?

—¿Qué pretende insinuar?

—Si su marido llegara a separarse de usted, Sidney sería el único heredero legal de la familia…

—A veces es usted odioso, señor Logan —repuso la joven, sin el menor asomo de encono en sus palabras.

En ese instante hizo su aparición el abogado, impecablemente vestido. En la mano traía un sobre abultado, que introdujo en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Cuando quiera, Logan.

Myrna avanzó junto a ellos.

—Voy con ustedes.

—Bueno… señora —dijo el detective—, veo que está al corriente de lo que ocurre. No se trata de rifar papeletas en un té caritativo.

—Lo sé; y si Milton pierde ese dinero, una vez más me sentiré yo responsable —flexionó la voz con un ligero deje de desesperación—. ¡Ya no puedo más… ni estoy dispuesta a consentir que esto se prolongue!

—Eso es lo que vamos a tratar de evitar, señora.

Garnett intervino consolador, tomando a la mujer por los hombros.

—Vamos, Myrna… ten serenidad…

Al ver que el detective le miraba fijamente, separó sus manos, para añadir:

—No veo inconveniente en que nos acompañe, Logan. Ella puede quedarse aguardando en el coche.

—Como quieran; al fin y a la postre, esto va a ser lo más parecido a la caza del avestruz…

Una vez en la calle, el detective decidió llevar su propio coche, además del «Chrysler» del ahogado. En este último fueron juntos Garnett y la mujer, guiando Jerry su vehículo delante del de ellos. Al llegar a Garfey Street frenó, haciendo una seña a los que le seguían. En su reloj eran las siete y media. Se apeó, acercándose al «Chrysler».

—Tenemos treinta minutos para reconocer antes el terreno.

Ahora, Garnett, explíqueme detalladamente las instrucciones recibidas.

El abogado debía depositar el sobre con el dinero en un buzón abandonado, de un almacén medio en ruinas, situado en un solitario callejón detrás del puerto. Una vez dejado el sobre a la hora exacta, Garnett debía simular encender su mechero tres veces, y luego retirarse.

—¿Ha tenido la prevención de marcar los billetes? —preguntó el detective.

—Sí. Un pequeño punto a la comisura del labio de Franklyn, y una raya en el uno.

—Bien; escúcheme ahora. Yo pasaré primero de largo para reconocer el lugar. Luego me reuniré nuevamente con ustedes al final de la calle… mejor dicho, con usted, Garnett. La señora debe quedarse aquí esperándonos en su coche.

Myrna O'Brennan protestó al principio débilmente, para terminar accediendo. Los dos hombres se alejaron caminando. Al cabo de unos minutos, el abogado se detuvo ante una callejuela lóbrega, llena de desperdicios y prácticamente intransitada.

—Aquí es, Logan. Hacia la mitad de la calle, a la derecha, debe haber una valla de madera pintada de verde. Es una fábrica de conservas deshabitada…

Jerry le interrumpió con curiosidad:

—¿Alguna de sus anteriores entregas la hizo aquí?

—No. Retuve las indicaciones que me hicieron por teléfono…

Ambos mantuvieron silencio durante algunos segundos, que finalmente rompió Jerry.

—Ya. Veo que tiene buena memoria.

Del bolsillo extrajo un revólver, que examinó a la débil luz de un farol.

—¿Va a ser capaz de emplear eso? —preguntó Garnett.

—No. Es sólo un recuerdo de familia; lo guardo porque me trae suerte —repuso el detective con melodioso acento.

Se internó sólo en el angosto callejón, examinando, al parecer distraído, cada palmo de terreno, pese a la oscuridad reinante. Una de las veces pisó una lata vacía, y el ruido espantó a una pareja de

gatos, que se alejaron maullando.

De improvisto llegó ante el almacén de conservas. Bastó un solo vistazo sobre la marcha para advertir que el caserón, pese a su aspecto derruido, por este lado de la calle era prácticamente inaccesible. Sus ventanas se hallaban protegidas por fuertes alambradas, a través de las cuales veíanse los batientes colgando desgajados y sin cristales. Dentro olía a moho, y reinaba la oscuridad absoluta. En la puerta de entrada, pintada de verde carcomido, veíase la negra boca del buzón en donde Garnett, según sus explicaciones, debía depositar el dinero.

Era evidente que quien lo recogiera, habría de hacerlo desde el interior de la casa, al otro lado del portón de madera. Jerry observó todo esto sin dejar de caminar. Sin prisa llegó hasta el extremo del callejón, dando la vuelta a la manzana, para reconocer el almacén por su parte trasera. La calle posterior no era mucho más amplia y mejor cuidada que la que acababa de abandonar; no obstante, podía intentarse con más facilidad la entrada al almacén con sólo salvar una pequeña tapia, sin más inconveniente que los agudos cristales empotrados con cemento en su borde superior. Una reducida puerta de escape blindada en chapa, parecía constituir la única entrada normal al edificio. Jerry se detuvo unos segundos para examinar su cerradura. Era antigua, más no parecía estar muy enmohecida. Lamentó el no traer consigo una ganzúa. Acto seguido dio la vuelta completa para llegar junto a Garnett. Éste fumaba impaciente.

—¿Qué?

—Voy a intentar penetrar en el edificio. Quien quiera recoger el dinero, tendrá que hacerlo también; puede que no lo haga enseguida, pero pienso permanecer de guardia hasta que el peso de la barba me impida mover la cabeza. Con tal motivo, será mejor que la señora O'Brennan se marche; usted puede esperar luego aquí todo el tiempo que tenga paciencia, pero si a medianoche no he dado señales de vida, deberá dar parte a la policía.

El abogado hizo un gesto aprensivo.

—Prefiero pasar yo en su busca.

—Bueno, es lo mismo; de cualquier forma, tendría que vérselas usted con un cadáver. Y aunque no esté dispuesto a mancharse la

ropa, espero al menos de su amabilidad que avise por teléfono para que vengan a recogerme; una fábrica de conservas sólo es adecuado cementerio para los arenques.

Milton sonrió enseñando la cuarta parte de sus dientes.

—Tenemos el tiempo justo; sólo faltan veinte minutos —concluyó el detective—. Vamos junto a la señora O'Brennan.

La joven se negaba a marchar.

—Al menos déjenme permanecer un rato aquí.

—Myrna, eso lo único que hará será dificultar las cosas.

Pareció meditar las palabras del abogado.

—De acuerdo. Mucha suerte. Te llamaré esta noche, Milton.

Se alejó llevándose el coche de Garnett. Jerry extrajo una alfombrilla del suelo.

—¿Va a hacerla volar? —inquirió el abogado.

—No. Simplemente se trata de otro recuerdo de familia.

Otra vez al comienzo del callejón, ambos confrontaron sus relojes.

—Procure depositar el sobre a la hora en punto; luego venga aquí y, lo más, oculto posible, procure vigilar la calle.

—No pienso jugarme mi seguridad personal, Logan. Por eso traigo el dinero.

—Querido amigo; si eso sale mal, se juega usted muchas más cosas.

Se separó sin más comentarios con la alfombrilla enrollada bajo el brazo. Al llegar ante la tapia, la desdobló sobre el borde coronado de cristales, para evitar posibles cortaduras, izándose seguidamente a pulso para salvar casi sin esfuerzo la tapia de ladrillo. Al caer al otro lado pisó un casco de botella que se hizo añicos con una sonora explosión.

Jerry maldijo interiormente la circunstancia, sin atreverse a mover un pie del lugar en que se hallaba. En la oscuridad, pudo apreciar con cierta dificultad la forma, perfectamente cuadrangular, de un patio lleno de cajones, latas vacías y otras inmundicias. Al fondo, un portón grande indicaba la entrada a la nave.

Transcurridos unos segundos, el detective retiró la esterilla, dejándola arrinconada junto a la tapia; luego, sin soltar la pistola, atravesó el patio, evitando en lo posible el volver a pisar ningún

ruidoso obstáculo. En el bolsillo llevaba una diminuta linterna en forma de lápiz; la envolvió cuidadosamente en su pañuelo, proyectando sobre el suelo una imperceptible cantidad de rayos luminosos. Así pudo orientarse con gran trabajo, hasta la parte delantera de la fábrica, sorteando un verdadero laberinto de maquinaria herrumbrosa y tablones enmohecidos.

Por su reloj luminoso comprobó que faltaban diez minutos para la hora fijada. Casi a tientas, llegó a la hermética entrada principal, en cuya madera se advertía el abultado cajón destinado a recoger la correspondencia. Jerry, con el sigilo de un gato, estudió posiciones, situándose al fin agazapado bajo una escalera de caracol, al otro extremo de la entrada. A partir de ahí, aguardó en tensión con la inmovilidad de un, muerto, contando casi mentalmente los segundos.

No pasó nada hasta las ocho en punto. En la calle oyó unas pisadas rítmicas que avanzaron hasta quedar paradas ante la puerta de madera. Luego, el detective percibió un golpe seco al ser depositado el sobre en el buzón. Acto seguido, los pasos volvieron a alejarse.

Jerry contuvo la respiración, consciente de que, a partir de ahora, podían ocurrir muchas cosas. Dudaba de que hubiera nadie dentro del almacén antes de penetrar él; si, por el contrario, no era así, evidentemente, quien fuera, estaba ya al tanto de su presencia en el interior de esta lúgubre ratonera, quizá acechándole y en espera de una ocasión propicia.

Jerry notó cierta pegajosidad en sus ropas, pese a admitir interiormente que en el local no imperaba el suficiente calor para sudar como ahora él lo hacía.

En esa incómoda postura permaneció un tiempo que al detective se le antojó una eternidad. En su reloj, la esfera luminosa señaló las ocho y media, y Jerry comenzó a impacientarse. Admitió como ingenuo el suponer que hubiera necesidad por parte del chantajista de venir a recoger el dinero a la misma hora concertada para la entrega. Esto en realidad suponía un riesgo estúpido.

Su vista fue acostumbrándose a la oscuridad, advirtiendo desde su emplazamiento, de forma imprecisa, los bultos formados por algunos obstáculos de primer término…

Entonces oyó chirriar algo parecido a una puerta, emplazando el

sonido metálico en el patio trasero. El corazón le dio un vuelco, aguzando en el acto los cinco sentidos a fin de no confundir los posibles merodeos de las ratas con la esperada visita.

El haz de luz de una linterna perforando la oscuridad de la nave, vino a convencerle de lo contrario. Con el rostro empapado en sudor, quitó el seguro de su arma. La luz se fue acercando, iluminando de pleno el portón de madera. En el desvencijado cajón de la correspondencia, pudo apreciar Jerry con perfecta claridad, el sobre depositado por Garnett. Tragó saliva, percibiendo nítidamente los pasos del intruso avanzando en esa dirección mientras rogaba a su buena suerte que el foco luminoso no se apartara del codiciado buzón.

La luz, en primer término, de la linterna, impedía precisar a su portador más que como a una sombra oscura. Jerry dejó que el desconocido posara su mano derecha enguantada sobre el blanco envoltorio, y entonces creyó llegado el momento oportuno de intervenir.

Enderezándose lentamente, mientras empuñaba firmemente el revólver, dijo con firmeza:

—¡No se mueva o disparo!

La luz se desvió, para darle de lleno en el rostro, viéndose el detective obligado durante una fracción de segundo a cerrar los párpados. Fue más que suficiente para que el intruso aprovechara la ocasión apagando la linterna.

Jerry disparó en la oscuridad, sin más intención que la de intimidar al merodeador, y en contra de lo que esperaba, una nueva llamarada brotó de la oscuridad, silbándole el proyectil junto a la oreja izquierda. La bala rebotó en la escalera metálica de caracol, vibrando el impacto dentro de la nave como si acabara de rajarse una campana.

Esto fue más que suficiente para que Logan se considerase prevenido; de un salto abandonó el lugar, al mismo tiempo que la pistola contraria volvía a rasgar la densa negrura, perdiéndose la bala en alguna pared que salpicó de yeso al detective en el cogote. Por su parte, tiró esta vez a dar, oyendo a su proyectil rebotar en un mar metálico que le impidió localizar con precisión la dirección de los pasos de su oponente, hasta sentirlo en el patio golpear inopinadamente algún bidón vacío.

Jerry lanzó una maldición y, sin medida de precaución por su parte, pulsó el interruptor de su pequeña linterna, a fin de orientarse tras el agresor.

Llegó al patio en el momento en que el otro franqueaba la puerta metálica entreabierta, dando después vuelta a la llave. Disparó, rebotando la bala en la chapa como si fuera un blindaje, mientras el ruido repercutía en la noche abierta igual que un golpe de gongo. Cuando el detective estuvo ante la puerta, comprobó con rabia que ésta se hallaba perfectamente atrancada.

En la calle sonaron los pasos precipitados del que huía, Jerry lanzó la esterilla protectora, alzándose sobre la valla con la diestra felinidad de un tigre.

En la precipitación, uno de los cristales perforó la tela de su manga derecha, rasgándole también la carne. No le importó; ni le hubiera importado dejarse atrás la mano mientras corría como un condenado tras la figura que, ante él, escapaba con regular ventaja.

Pese a su desesperado esfuerzo, el otro dobló la esquina de la calle con algunos segundos de delantera. Cuando Jerry lo hizo se dio de manos a boca con el impasible Garnett… Salvo su presencia, el resto de la calle aparecía tan desierto como un paisaje atómico. Jerry jadeante, se plantó ante él.

—¿No ha visto pasar a nadie corriendo? —bramó.

El abogado parecía tener la respiración también algo alterada; no obstante, respondió con tranquilidad:

—Sí, a pocos pasos. No le vi la cara; se internó en la oscuridad.

Jerry, congestionado, tragó saliva.

—¿Sabía usted que era el pájaro que nos interesaba?

—Pues… sí; lo supuse… Oí los disparos. Luego vi venir una figura corriendo.

El detective apretó los dientes.

—¡Lo supuso!… ¿Y no se le ocurrió detenerle? —dijo hirviendo de ira.

—Bueno… ya le advertí, Logan, que yo traía el dinero, pero que no pensaba exponerme lo más mínimo…

—¡Maldito cobarde…!

Jerry dio suelta a su contenida rabia disparando su puño derecho a la mandíbula del abogado. Su propia excitación impidió que el puñetazo fuera demoledor; aun así, Garnett demostró tener

una mandíbula de hierro. Cayó al suelo sentado; una vez allí, sacudió varias veces la cabeza para incorporarse seguidamente con medida tranquilidad, sin interés por repeler la agresión. Con el pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta se estuvo enjugando la boca.

—También olvidé decirle, Logan —musitó, completamente sereno—, que mis peleas las organizo yo cuando me da la gana. Buenas noches.

Dio media vuelta, internándose con paso mesurado tras el cortinón opaco de la noche.

Jerry, de regreso en su «Buick», fue todo el camino hablando solo a grandes voces…

CAPÍTULO V

Cuando entró en su oficina a la mañana siguiente, la primera visión con que tropezaron sus ojos fue la conmovedora estampa de su geométrica secretaria, leyéndole las rayas de la mano al teniente Kendrick. Sylvana se hallaba cómodamente sentada en el escritorio del propio Jerry, dulcemente sumergida en su labor de quiromántica, mientras el oficial de policía se dejaba hacer, con cara de circunstancias. Al entrar Logan sonrió festivo.

—Bueno, muchacho; veo que estás modernizando la oficina.

El aludido dijo «sí» como si chupara un limón. Colgó su sombrero en la percha, dirigiéndose a la joven con rebuscado acento.

—Puede quitar su as de corazones de encima de mi mesa, encanto. Le recuerdo que su obligación en esta oficina se limita a leer novelas.

«Encanto» protestó contra «su poco agradecida labor a la hora de entretener a los clientes», desestimando además la ayuda práctica prestada por el detective para desalojar su mesa. Se fue al antedespacho, comentando la verdad de los consejos dados por su difunto padre.

—¿Qué hay en su porvenir, teniente? —preguntó Jerry zumbón.

—¡Oh! Larga vida, prosperidad en los negocios, y buenas amistades… —dijo este último a tono con la ironía del detective.

Jerry se rascó una oreja mientras tomaba asiento tras su escritorio.

—Esa chica es una alhaja. Ya ha aprendido a pegar sobres; con un poco más de práctica sabrá hacia qué lado hay que doblar la solapa.

Kendrick sonrió, mostrando los dientes sin ninguna emoción, igual que suele hacerse ante el espejo después de cepillarnos con dentífrico. Como cualquier policía en activo, demostraba no tener

prisa, y mucha menos gana de perder el tiempo.

El detective se arrellanó en su butaca.

—Cuando quiera, Kendrick —dijo.

—¡Hum! Poca cosa… —Estuvo pensando algunos segundos, para preguntar acto seguido—: ¿Qué arma empleaba Kennedy?

—La treinta y ocho policial de reglamento; modelo algo antiguo, pero le gustaba conservarla.

—¿La llevaba siempre encima?

—No, casi nunca; acostumbraba a dejarla en este cajón.

—La bala que le mató tenía ese calibre —apostilló el oficial de policía.

—Sí; me imagino que le mataron con su propia arma. No está aquí, ni en el registro que ustedes le hicieron la llevaba encima.

—¿Qué más cosas se imagina?

—Quien quiera que le mató, no vino a esta oficina dispuesto a hacerlo; lo demuestra el hecho de que viniera desarmado. Luego surgió alguna circunstancia que le obligó a cometer el asesinato. El cajón estaba abierto mostrándose la pistola. Kennedy se levantó para buscar algo en el archivo… y aprovecharon que se hallaba vuelto de espaldas para disparar.

Kendrick se pasó las yemas de los dedos por ambas sienes.

—¿Qué se levantaría a buscar en el archivo?

—Algo relacionado con la visita que le ocupaba en ese momento. Es imposible saber el qué; en el armario hay archivados varios cientos de expedientes. Puede que además tratara de coger otra cosa: la botella del *whisky*, por ejemplo.

—Es posible —convino Kendrick sin gran calor. Luego miró al detective fijamente—. Hay que pensar entonces que el criminal no inquietaba grandemente a Kennedy hasta el extremo de estar prevenido como lo estaría contra cualquier granuja que él anteriormente persiguiera, e incluso ayudara a meter en la cárcel; de ser así, el revólver habría estado siempre al alcance de su mano, y nunca se hubiera descuidado volviendo la espalda…

—Sí, estoy de acuerdo en esos extremos.

—Sin embargo, en esos extremos existe una contradicción. El asesino no es un delincuente habitual, y sin embargo, no sólo no se desprende del arma, sino que la sigue usando como un rufián cualquiera, convertida en un útil de trabajo.

Jerry miró al policía con desconfianza.

—¿Qué le hace suponer eso?

—Verás, anoche se organizó un pequeño tiroteo en un callejón de los *docks* dentro de un almacén abandonado. El vigilante de unos talleres de al lado dio parte cuando pasó todo, ya que antes no se atrevió a asomar el flequillo. La policía hizo un registro sospechando que se trataba de algún nido de contrabando de los muchos que hay por ese lugar. No se encontró nada, salvo, de forma casual, el impacto de una de las balas en la pared… —Hizo una estudiada pausa mirando el rostro del joven como si se tratara de una pantalla de radar—. Tenemos por costumbre examinar los proyectiles, y por fantástico que parezca, este que te digo resultó haber sido disparado por la misma arma que mató a Kennedy.

Jerry hizo un esfuerzo para no demostrar el efecto producido por las palabras del policía; debió conseguirlo a medias porque el otro le increpó:

—Pareces sorprendido. ¿Por qué?

—¡Usted me cuenta esto para que me sorprenda!… ¿No es cierto? ¡Pues bien, lo estoy!

—No te excites, hijo; no estás en la edad. Yo sólo te he hecho una pregunta. Me imagino que no sabes nada de todo eso.

—Desde luego. Si supiera quién tiene la pistola de Kennedy, se la iría a pedir personalmente; y le aseguro que no con una felicitación de pascuas.

Kendrick guardó silencio durante unos segundos. Por la expresión de su rostro adivinó Jerry que la visita estaba terminando. El policía se levantó de la silla con repentina decisión.

—Bueno; muchacho, sigo esperando que uno de estos días te dé por dedicar unos minutos a este asunto, y vengas a contarme tus impresiones.

—Ya lo hago, Kendrick, y estoy, como usted, en lo alto de una higuera.

El policía frunció los labios.

—Adiós, Jerry.

—Adiós.

Se marchó sin hacer intención de estrechar la mano. Logan, sentado en su butaca, estuvo restregándose la barbilla, como si se afeitara con alguna invisible máquina eléctrica. Después de lo dicho

por Kendrick, estaba ahora plenamente convencido de que el asunto O'Brennan
y el asesinato de Kennedy formaban parte de un mismo expediente. Esta seguridad hizo que madurara, desde su comienzo, todos los hechos transcurridos…

Pulsó el timbre con demasiada fuerza, apareciendo en la puerta de comunicación el rostro asustado de Sylvana, con su novela en la mano.

—Me he tragado el chicle… —dijo a modo de introducción.

—No se preocupe; tarde o temprano hubiera acabado por tirarlo.

Salió de detrás de la mesa, abriendo de par en par el armario empotrado.

—Escuche, nena; cada carpetita de éstas tiene un número. Vamos a ponerlas por orden. Si se nos hace de noche, autorizo a su novio para que suba a ayudarnos.

—No tengo novio, señor Logan…

—Mejor para él, encanto. Ahora manos a la obra…

A la una iban por la mitad del trabajo. Jerry mandó subir unos emparedados y
«Coca-Cola».
Sylvana sudaba como solo puede hacerlo un derviche vestido de invierno.

—Tengo calor.

—Bueno, hija; ponte cómoda. Esto no es una entrega de Oscar.

Se puso cómoda, y por espacio de veinte minutos, Jerry equivocó unas cuarenta veces la numeración. Luego el trabajo volvió a absorberle. A media tarde, todas las carpetas estaban ordenadas, a excepción de diez números que faltaban. Acto seguido Jerry estuvo rebuscando entre un montón de libros de contabilidad viejos, anuarios agotados, y legajos atados con cuerdas, hasta dar con un grueso tomo-registro, que el viejo Kennedy había estado llevando hasta hacía unos cuatro años. En él aparecían inscritos los diversos expedientes, con su número de orden, fecha en que se originaron, y nombre de quien solicitó la investigación.

En este registro, le fue fácil al detective localizar las carpetas extraviadas. Nueve de ellas eran asuntos sin importancia, o que por lo menos, no atrajeron el interés de Jerry. Precisamente la última, anotada su entrada cinco años antes fue la que le hizo lanzar una

profunda exclamación.

Aunque el asesino robara el expediente, algo quedaba para orientar a Jerry, igual que señala una veleta la dirección del viento. Sonrió complacido, dejándose caer satisfecho en el raído diván de terciopelo.

—¿Qué hacemos ahora, señor Logan?

El señor Logan aspiró el polvo de la habitación con la fruición del que absorbe polen de rosas.

—¿Apuesto a que no sabe leer el porvenir?

—Espero que sí, señor Logan…

—A partir de las seis de la tarde puede llamarme Jerry.

El señor Logan (o Jerry, fuera de las horas de oficina) se dispuso a demostrar que de vez en cuando no es malo un acercamiento entre patronos y empleados.

El detective pasó dos días metido de lleno en sus propios asuntos, sin ser interferido ni molestado por nadie. Fue al cabo de estas mencionadas cuarenta y ocho horas cuando recibió la primera «toma de contacto» con el asunto
O'Brennan.

Una Sylvana matinal y pimpante, igual que una amapola con maquillaje, recibió a Logan en la oficina.

—Hola, «Bebé».

—¡No me llames «Bebé»! —Gruñó Jerry, malhumorado, frotándose vigorosamente la cara con un pañuelo—. ¿Ha llamado alguien?

—Sí, una tal señora
O'Brennan
—a la palabra «señora» la dio una entonación muy particular—. Ha dejado su teléfono. Todos los hombres sois unos asquerosos…

—Se trata de una cliente… encanto.

Sylvana, no obstante, dijo la opinión que le merecían todas las clientes que van por ahí «dejando el teléfono». Con paciente habilidad, Jerry consiguió encerrarla en la habitación contigua, marcando acto seguido el número de la señora
O'Brennan.
Se puso ella al aparato.

—Soy Logan…

—¡Oh, sí! Tengo interés en verle, señor Logan.

Quedaron una hora más tarde, donde la vez anterior, Jerry llegó al parque zoológico con alguna anticipación; sentado en el solitario banco, se entretuvo echando maíz a las palomas, hasta que ella apareció caminando por el sendero. Las aves remontaron el vuelo, mientras Jerry, embelesado, la miraba avanzar hasta él. Tomó asiento a su lado, envolviéndola en una ola de perfume.

—Buenos días, señor Logan.

—Hola…

Myrna cogió junto a ella el paquete de maíz, esparciendo en el aire algunos granos con gesto abstraído.

—Milton me ha contado todo lo ocurrido la otra noche.

—¿Todo?

—Sí, incluso que usted le pegó un puñetazo por no querer intervenir.

—El señor Garnett es muy explícito…

—El señor Garnett es una persona muy sensata —atajó ella.

—¡Bien, entonces arránquense los dientes para entregárselos al tipo que les extorsiona!

—No es eso, compréndalo. Ahora, después del intento frustrado de la otra noche, puede que intenten tomar represalias.

—¡Oh, no tema…! Sería tanto como intentar retorcer el cuello a la gallina de los huevos de oro —hizo una pausa para rascarse un imaginario grano de la barbilla—. Lo que más me sorprende, hablando de la gallina, es su gran facilidad ponedora.

—¡Demasiado sabe usted que ni Milton, ni yo, tenemos dinero!

—Claro, por eso el chantajista se conforma con que le regalen huevos de pascua… al menos según lo que ustedes me cuentan.

Myrna miró fijamente al detective, apreciando este que la suave piel de la mujer era limpia y tersa como la de un niño.

—¿Usted no me cree sincera, verdad, señor Logan?

—Bueno, verá… Yo creo a todo el mundo; lo malo es que a veces lo que dice y hace todo el mundo, no guarda entre sí ciertos puntos lógicos de conexión.

—¿Qué insinúa?

—Mire, seamos sinceros: tengo la seguridad de que alguien miente; no sé quién, pero lo sabré. Hasta entonces, nada me obliga a hacer excepciones.

La joven se levantó del asiento mirando a las palomas

evolucionar en el aire.

—Bueno, siento haberle hecho perder su tiempo, señor Logan — en sus palabras no hubo oculta animosidad.

—Yo también lo sentiría si efectivamente esta conversación terminara aquí. Usted ha venido a contarme algo, señora O'Brennan. Vamos, siéntese…

La tomó del brazo, obedeciendo ella al contacto de su mano. Ambos se miraron de frente durante algunos instantes, sintiendo Jerry el mismo efecto que si se hallara sentado sobre un foco de termitas. Al cabo de unos segundos, advirtió sorprendido que todavía la tenía retenida por el brazo sin que ella hiciera intención de evitarle. Logan se desasió, como si tocara un cable de alta tensión. Myrna O'Brennan desvió entonces la cabeza, para mirar al vacío con gesto atemorizado.

—Han vuelto a llamarme —dijo con voz hueca.

—Era de esperar. Las serpientes tienen el estómago dilatable, igual que globos. Ustedes…

—¡Oh, no puedo más! —atajó ella, tapándose la cara con ambas manos para prorrumpir en sollozos.

Jerry trató de consolarla acariciándole el cabello; su contacto fue suave e indefinido, como el del aire.

—Vamos, Myrna… señora O'Brennan; perdóneme si antes fui algo brusco. Le aseguro que deseo ayudarla.

Levantó hacia él sus ojos acuosos.

—Me han amenazado; estaba furioso. Dijo que si volvía a ocurrir lo de la otra noche, contarían todo, entregando las cartas a mi marido.

—Usted no tuvo nada que ver con lo que pidieron a Garnett.

—Sí, pero me han advertido que no intente nada parecido. Debo hacerles otra entrega… —Tuvo un ligero escalofrío—. Volverán a llamarme a fin de darme instrucciones. Me han prometido que ésta será la última vez que me molesten… si me porto bien.

—Me imagino que eso se lo dijeron igualmente las veces anteriores —ella asintió con la cabeza, y el detective añadió—:

¿Piensa obedecerles?

—No sé. No cuento con dinero… sólo las alhajas —tuvo otro acceso de lágrimas—. Pero aunque entregándoles alguna me dejaran tranquila de verdad, ése sería el fin.

—¡No puede hacer eso! El chantajista es el más cobarde, rastrero e insaciable de los delincuentes. Persistirían siempre hasta roer el esqueleto de su víctima. No espere compasión; al final, cuando no tenga nada que entregarles, le seguirán haciendo daño de alguna forma.

—¿Qué quiere que haga? —dijo ella con voz ahogada.

—No dejarse intimidar. ¡Aplaste la cabeza de la serpiente! Sólo así podrá librarse de su acoso. Déjeme obrar a mí, señora O'Brennan; le aseguro que la próxima vez no se me escapará.

Ambos se mantuvieron callados. Un enjambre de palomas se apiñaban nerviosas a prudente distancia del banco, esperando impacientes algún puñado de grano. Jerry volcó el paquete de una vez, y algunas aves remontaron el vuelo asustadas.

—¿Qué más, señora O'Brennan? —preguntó distraídamente.

—Eso es todo.

—No en cierto modo; hasta el momento usted sólo se ha limitado a relatarme los hechos, pero no sus propias ideas. Me imagino que debe pensar algo de todo esto… y de la gente que le rodea.

—No sé de qué quiere decir.

—Hábleme de Sidney, el sobrino de su marido.

Myrna rehuyó su mirada.

—¿Así que ya se lo ha contado Milton? —dijo quedamente.

—Milton no me ha contado nada. Hace dos días que no le veo, pero celebro saber que por lo menos hay algo que contar.

La joven se mantuvo pensativa durante algunos momentos, para al final hablar como si le costara un gran trabajo.

—Sidney ha desaparecido; llevamos dos días sin saber de él.

Jerry silbó entre dientes.

—Cuénteme desde el principio.

—No hay mucho que contar. Es un muchacho un poco extraño.

Mi esposo costeó su carrera, que tardó bastante tiempo en terminar…

—¿Faldas?

—Sí… un poco de todo. Últimamente mi marido le colocó en su despacho; él no me habla nada a este respecto, pero estimo que no debe estar muy satisfecho de su rendimiento. De un tiempo a esta parte, no obstante, la conducta de Sidney es bastante… sensata.

—¿Quiere decir que antes no lo ha sido?

—Bueno… entiéndame; lo corriente en un muchacho de su edad. Entró en posesión de su fortuna demasiado joven; cuando mi esposo quiso intervenir, ya no le quedaba un céntimo.

Jerry se pellizcó el labio.

—¿Cómo se llamaba ella?

Myrna O'Brennan titubeó durante algunos segundos.

—Sheila Merrill… una mestiza.

El detective creyó advertir que se sonrojaba.

—¿Su esposo es racista?

—No, ignoro por qué he hecho esa salvedad. Lo cierto es que Sidney dilapidó su fortuna con ella. Es bailarina, o algo por el estilo. Él montó un par de revistas que fracasaron; luego costeó una película invirtiendo más millones de los que pudo pagar. Fue un fracaso de antemano, y se estrenó en cines de segundo orden. Salomon atendió las deudas de su sobrino, a condición de que dejara a Merrill, y viniera a trabajar junto a él en su oficina.

—¿Con qué sueldo?

—No sé; mi esposo no me lo ha dicho, pero supongo que dará a Sidney lo suficiente para vivir con… Oiga, ¿en qué está pensando?

—En nada; la escucho a usted simplemente. Dígame, ¿dónde reside su sobrino?

—En Prosposed —le dio el número—. Pero es inútil que busque allí; hizo la maleta hace dos días. Se despidió sin decir a dónde iba.

Jerry hizo una bola con el cartucho de maíz, lanzándolo con el dedo pulgar al grupo de palomas; la pelota descubrió una parábola demasiado corta, quedando a poca distancia de sus pies.

—Bueno, de todas formas, con todo lo que me ha dicho creo que tengo más que suficiente. Téngame al corriente de la próxima

llamada telefónica, y no haga nada sin antes consultar conmigo… —pensó lo que iba a decir seguidamente—. ¿Sabe el señor Garnett algo del último aviso?

—No, no le he dicho nada. Espero que no dude también de él.

El detective eludió en parte la respuesta.

—No le hable nada; búsquese para ello alguna disculpa consigo misma que la complazca. Por ejemplo, que quiere evitar al señor Garnett preocupaciones.

—Pero ¿usted no me aconseja que lo haga por eso?

—Mire, señora O'Brennan; un secreto entre tres es un secreto compartido por una multitud.

Myrna sonrió con desgana.

—Ya no tengo fuerzas ni para enfadarme con usted —dijo.

—No lo haga. Deseo que con el tiempo lleguemos a ser buenos amigos.

La joven sostuvo la mirada de Jerry, como el que intenta ahondar la profundidad de un espejo; luego tuvo una firme reacción, irguiéndose con presteza del asiento.

—Hasta pronto, señor Logan.

—Adiós.

Las palomas a su paso remontaron el vuelo. Jerry mantuvo largo rato la vista clavada en el suelo, contraído el rostro por una amplia mueca de escepticismo.

CAPÍTULO VI

Jerry estuvo toda la tarde tratando de localizar a su amigo Bat[2] Manning, conocido agente artístico, cosa que no fue posible hasta entrada la noche, como es de rigor siempre que se trata de echar la vista encima de algún murciélago.

A esa hora, casi recién levantado de la cama, Bat saboreaba su primer *whisky* de la jornada en un tabuco de Copton. Estuvo escuchando al detective con gesto soñoliento.

—¿Sheila Merrill, dices?

—Sí, una mulata, creo. Ha hecho algo de cine, pero…

—No te molestes; sé a quién te refieres.

—Bueno, Bat; deseo saber dónde trabaja. Tú para eso eres una especie de bolsín artístico.

El aludido miró a Jerry por encima del vaso.

—Claro; como en el caso de Pierre Devil. Yo te digo dónde actúa, y tú luego le metes en la cárcel.

—Bat, tú eres un hombre honrado, y el tal Devil, como prestidigitador, actuaba más fuera que dentro de los escenarios. Además, yo sólo deseo hablar con esta Merrill…

—Bueno, al fin y al cabo eso es sólo asunto tuyo, pero no quiero que vayas por ahí… ya me entiendes, y la gente piense que yo soy una cotorra —movió la cabeza con desgana—. No me explico por qué demonios te hago esta clase de favores.

—Porque yo a ti te hago otros, y no te cobro nada —repuso Lopan tranquilamente.

Bat refunfuñó por lo bajo:

—Actúa en el «Ebony», por Vernon. No es mal sitio; lleva allí algún tiempo.

—¿La conoces?

Bat hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—La he visto actuar; no es gran cosa. Fachada solamente. Hubo

un tipo que empeñó hasta las muelas por lanzarla. No me explico; con ese dinero, yo hubiera convertido en una Strop de primera fila a la mula Francis.

—Gracias por tu información, Bat.

Se despidió del agente artístico, trasladándose luego en coche hasta Indiana Street. El «Ebony» se hallaba en una escondida bocacalle, sin más iluminación esta última que el resplandor del fluorescente instalado a la puerta del *cabaret.* Un negrazo corpulento le hizo una pomposa reverencia al pasar.

Dentro, no se entretuvo en admirar la decoración. El «Ebony» era un club nocturno como cualquiera de los otros muchos que invaden la ciudad, atendido por camareras de color. El local se hallaba repleto, y los renovadores de aire debían de hallarse averiados, a juzgar por la densa neblina formada por el humo de los cigarrillos. Una orquesta de *jazz* formada por músicos morenos atacaba aquello de «Un lunar en la región celeste».

Jerry dio un rodeo para llegar hasta el acceso a los camerinos. El elenco coreográfico se preparaba en ese momento para salir a escena. El detective, puesto a hacer excesos, calculó que para el atavío de aves del paraíso, de las veintitantas chicas del conjunto, debía de haberse empleado en plumas, por lo menos, ave y media. En el ambiente imperaba una extraña mezcla de sudor y perfume caro. Una rubia, perfectamente alimentada, se entretenía apoyada contra la pared, en sujetarse una media de malla. Miró a Jerry sin dejar de masticar chicle.

—Chico observador, ¿eh? —dijo con voz gatuna.

—Bueno… así al principio, es que la había confundido con mi tía Carolina.

—Como que soy tu tía Carolina, encanto —guiñó un ojo—. ¿Sigues necesitando que te canten la nana para dormir bien?

—Hombre, eso depende de quién me la cante.

La rubia sonrió, adoptando la postura que difícilmente podría superar un gallo con plumas auténtico. Jerry silbó, dando un paso atrás.

—Deberías salir a escena con una mochila a la espalda, cariño, o el día menos pensado te irás al suelo de narices.

En ese momento dieron un aviso, oyéndose a la orquesta de la sala atacar un calypso, y el *ballet* comenzó a ordenarse en fila,

circunstancia que aprovechó el detective para alejarse por su lado. Un tramoyista le indicó el camerino de Sheila Merrill. La puerta estaba entreabierta, pudiéndose ver desde fuera a una negra joven, con uniforme de doncella, ordenando algunos vestidos. Jerry llamó, no obstante, con los nudillos. La mujer interrumpió su quehacer, mirando al detective con rostro hermético; el recién llegado empujó entonces del todo la puerta.

—¿La señorita Sheila? —preguntó, pese a ver en el camerino solamente a la doncella.

—¿Qué desea?

—Hablar con ella.

La negra le miró detenidamente de arriba abajo, dedicando de repente otra vez su atención a los vestidos.

—No está —dijo al fin.

—Ya lo veo. Pregunto dónde puedo encontrarla.

—¿Para qué?

Jerry, pacientemente, extrajo del bolsillo un pequeño rollo de billetes, apartando uno de cinco dólares que puso sobre el tocador.

—Soy coleccionista de autógrafos —dijo.

La negra hizo una mueca que Jerry no supo si interpretar como sonrisa. Le habló de espaldas mientras colocaba los trajes en el ropero.

—Está en el restaurante al final de la calle; suele comer algo antes de su actuación.

—Gracias.

—De nada; y recoja eso de ahí encima. No tengo caja fuerte y sería una tentación para una banda de atracadores —dijo con sorna.

Logan suspiró resignado, dejando sobre el anterior otro billete de la misma cantidad.

—Bueno, mi sueldo ya no da para más, hermana.

—¿Su sueldo, de qué?

—¡Hum! De cazador de autógrafos.

Abandonó el camerino, saliendo pocos segundos después a la calle. El restaurante se hallaba casi vacío. Varios tipos en mangas de camisa, sentados junto a la barra, seguían las incidencias de un combate de boxeo, retransmitido en un aparato televisor al otro extremo del local. Jerry descubrió inmediatamente a Sheila Merrill tras una mesa, cenando solitaria y aislada del poco bullicio del café.

El detective caminó hacia ella, disculpando interiormente al joven Sidney
O’ Brennan,
por haber perdido la cabeza en favor de tan extraordinario motivo. Jerry silbó entre dientes la melodía de Porter, «Sensacional» y entonces Sheila debió advertir inconscientemente su presencia avanzando entre las mesas vacías, porque levantó la cabeza. No hizo el menor gesto, aunque siguió mirando a Logan con sus rasgados ojos verdes hasta que llegó junto a ella. El color de su piel era de un tono suave y cobrizo que para sí hubieran querido más de una titular afecta a Hollywood. El detective permaneció en pie.

—¿Puedo sentarme? —preguntó rápidamente.

—Supongo que sí… siempre que lo haga en otra mesa.

—Deseo hablar con usted, Sheila.

—Ya lo sé; mi doncella me ha advertido por teléfono. Diez dólares no dan más de sí.

Jerry sonrió, mostrando la punta de los colmillos.

—¿Cuánto hay que tener para comprar la discreción de su doncella? ¿Tal vez la fortuna de Sidney
O’Brennan?

Los ojos de la Merrill se iluminaron.

—No sé; trate de hacer la prueba por sí mismo —luego añadió sin variar de entonación—: Tampoco le he dicho que se siente.

Jerry se apoyó de codos en la mesa.

—Me toma por un policía, ¿no es cierto?

—Es una pena que se dedique a otra cosa, ya que tiene usted cara y modales de ello.

El detective, acomodado frente a la joven, apoyó tranquilamente los codos sobre la mesa.

—Quizá los dos hayamos equivocado nuestra carrera, Sheila.

Esta vez hizo diana; la artista puso a un lado su taza de café, diciendo con los dientes apretados:

—Lárguese…

—No he venido a regañar con usted; no tengo motivos… ni me gusta discutir con nadie.

—¿Qué quiere?

—Sidney
O’Brennan

lleva dos días jugando a eso de pasar de incógnito.

—¿Y por qué me lo cuenta a mí?

—Verá, es bastante improbable que el *Sha* de Persia sepa nada del asunto.

Sheila sacó una pitillera plateada, aceptando la obsequiosa intervención de Jerry cuando éste la ofreció la llama de su encendedor. La joven entornó los párpados para mirar a Logan a través del humo.

—Dígale a esa histórica momia de Salomon
O'Brennan
que yo no soy la niñera de su sobrino. Que me deje en paz.

—Si se trata de hacerle a usted algún favor, llevaré el recado al juez
O'Brennan,
pero en este caso las preguntas las estoy haciendo por mi cuenta.

—¿De veras? —inquirió ella, burlonamente.

—De veras. Y ahora, le ruego solamente que me diga si ama a Sidney, si le es indiferente, o si desea que lo pille un tren.

—Me es indiferente —repuso ella en forma áspera.

Jerry ya tenía preparada la respuesta.

—Ése es un buen pago después de que el muchacho se arruinó por usted, ¿no cree?

Sheila clavó sus uñas en la mesa, mirando al detective furiosa con sus ojos de leopardo.

—¿Quién tiene que agradecerle a quién? ¡Él sólo se ha jugado un puñado de monedas, y sigue viviendo tan tranquilo, amparado por su poderosa familia! ¡Míreme a mí, amigo mío, yo soy la que más ha perdido poniendo mi carrera en manos de ese bastardo! ¡Ahora sólo soy la mulata, que sin más mérito que el dinero de
O'Brennan,
entró por la puerta falsa, y eso en este país no lo perdona nadie!

Los del mostrador habían vuelto la cabeza. Sheila trató de serenarse cogiendo nuevamente el cigarrillo caído sobre la mesa. El detective intervino con voz amistosa:

—Prácticamente no conozco al tal Sidney, pero me imagino que él expuso su dinero con buena voluntad.

Sheila hizo un gesto despectivo.

—¡Con buena voluntad! No conoce usted a los que tienen

dinero; creen que pueden comprarlo todo… ¡Y es cierto! —Tiró el cigarrillo al suelo con encono—. Pero cada caricia mía le costó más dinero del que pagará jamás nadie por una mestiza; a cambio, él hizo las cosas a su modo. Algo así como tener cada uno su sartén por el mango… y éste es el resultado, amigo. Ni él tiene su dinero, ni mi nombre se escribe en la historia.

—Entiendo, entonces, que los dos han perdido por igual.

—¿Usted cree? ¿Supone que el perder dinero es igual que el perder el porvenir entero de una vida? ¡Eso es difícil que yo vuelva a recuperarlo, y él tiene a su opulenta y asquerosa familia para llenarle otra vez el bolsillo de billetes!

Jerry negó sonriente con la cabeza.

—Dudo que el juez O'Brennan, por mucho que quiera a su sobrino, de al dinero el mismo empleo que se da al confeti.

—¡Qué policía más listo! —dijo ella con los ojos brillantes—. ¿Usted preguntaba por el ingenuo cachorrillo O'Brennan, verdad? ¿Quiere saber dónde está en este momento? ¡Vuelva al «Ebony» y busque detenidamente! ¡Podrá localizar su mesa a través de un surtido espumoso de champaña del caro… y si le dejan la boca libre para hablar alguna de las cuatro o cinco mujerzuelas que le rodean, quizá le invite a beber champaña, siempre que usted esté dispuesto a ponerse a cuatro patas y ladrar cuando él lo ordene!

—Está celosa, Sheila.

—¿Celosa yo…? —sonrió con sincero y espontáneo desprecio—. ¡Idiota…! Si hubiera querido, la que le habría hecho esta noche ladrar sería yo. Ha estado en mi camerino, con los bolsillos llenos de billetes y sus malditas fantasías de siempre… ¡Y le he echado a patadas, igual que le despedí tiempo atrás, antes de que fuera a llorar en el regazo de su querido tío! Si le busca, allí le tiene, amigo, emborrachándose con cuatro meritorias como un cliente más, sólo para poder verme sin que yo le escupa a la cara…

Jerry se mantuvo silencioso durante algún tiempo, encendiendo Sheila un nuevo cigarrillo; luego, pareció abstraída en sus propios pensamientos.

—Bueno, lo único que puedo hacer es darle las gracias por su

información —dijo el detective.

—Todo sea por ese puerco —sentenció la mujer.

—Quedamos entonces en que le gustaría que lo aplastara un tren.

—Quedamos en que ya he dicho cuánto debía decir.

—O. K., Sheila. Suerte.

—Suerte, policía…

—Agente privado —rectificó el detective—. Jerry Logan, espero que volvamos a encontrarnos.

Sheila Merrill se encogió de hombros, contemplando con indiferencia la pantalla del televisor al otro extremo de la sala. Uno de los púgiles era negro, y se movía tambaleante en la lona, igual que un pino joven azotado por el viento. Jerry supuso que no tardaría en caer, y no quiso dar lugar a que esto ocurriera, estando todavía junto a la joven.

—Adiós.

Atravesó el local, mas antes de ganar la puerta, el boxeador moreno fue alcanzado con un definitivo «hook» de izquierda, doblándose de rodillas como si fuera a comenzar a orar; luego clavó la barbilla en el pecho, llegando ya a la lona completamente dormido. En el mostrador, la media docena de mirones comenzaron a rugir con entusiasmo, y Jerry, sin volver la cabeza, salió a la calle.

Caminó nuevamente hasta el «Ebony», sin demasiada prisa. En la pista actuaba otra vez el *ballet*, casi vestidas sus componentes de sacerdotisas indias. Entre la música y los compases coreográficos del conjunto existía una feliz anarquía, que el público no acusaba demasiado, embebido quizá por el marco naturista del espectáculo.

Jerry deambuló por entre las mesas, hasta tropezar de improviso con la ocupada por Sidney
O’Brennan.
Tal como Sheila le había anunciado, el muchacho podía pecar en este momento de cualquier cosa menos de solitario. En torno a él, cuatro mujeres de vistoso aspecto se turnaban para besuquearle y beber champaña. Todos estaban borrachos, o por lo menos, no les preocupaba demasiado el aparentarlo, si bien Sidney, con su cara de pájaro taciturno, desentonaba un poco del grupo.

La mesa se hallaba algo apartada en la penumbra de un rincón. El detective pisó una botella vacía abandonada en el suelo, y dio un

traspié aparatoso. El cuarteto femenino rompió a reír, sin tomar O'Brennan parte en la hilaridad general. A pesar de la tenue iluminación, debió reconocer al detective porque su rostro se tornó más blanco que el de un *clown*. Logan se acercó sonriente hasta la mesa.

—No debiera beber tanto, señor O'Brennan; se nota que le perjudica al hígado.

Las chicas de *cabaret* y las golondrinas, son dos de los seres vivos que mejor sirven para presagiar tormentas. Antes de que el hombre sentado a la mesa dijera «Largaos», ya las cuatro habían iniciado la retirada disciplinadamente. Jerry tomó, asiento frente a él, sirviéndose champaña en una de las copas manchadas de carmín. Sidney permaneció en silencio hasta que el otro decidió hablar.

—¿Sabe usted quién soy, señor O'Brennan?

—No.

—Sí. Yo a usted le he visto sólo una vez, pero antes tuvo usted ocasión de contemplarme a placer por el ojo de una cerradura.

Sidney enrojeció antes de responder:

—No sé a qué se refiere.

—No me haga mucho caso; llevo bastante rato bebiendo y a lo mejor estoy borracho…

El joven tragó saliva ante la directa alusión. Jerry dedujo, por el temblor de sus manos, que O'Brennan se hallaba asustado.

—Le manda mi tío, ¿verdad? —preguntó al fin.

—No me manda nadie, pero apuesto a que el juez arde en deseos de saber qué es de su vida.

—¿Y cuánto cree usted que va a valerle ese informe?

—¿A usted qué le parece? —repuso el detective, burlón.

Sidney O'Brennan le midió despectivamente con la mirada interpretando erróneamente sus palabras. Con ademán feudal, echó mano a su bolsillo para extraer del mismo un fajo de billetes; todos eran nuevos, y de la misma cuantía. Separó dos, arrojándoselos a Logan

con el mismo aire que se suele emplear para dar maíz a las palomas.

—Temo que esta dádiva no la mejoraría el viejo. Ahora, lárguese —dijo enfáticamente.

Pero Jerry no parecía considerar las palabras del otro. Sonriendo como si tuviera las encías congeladas, miraba con detenida atención los dos billetes.

Eran de cien dólares, y junto a la efigie de «Franklyn» al lado del labio, mostraban una señal, tal como Milton Garnett dijera haber señalado los billetes que, tres noches atrás, se llevara del almacén de los «docks» el desconocido chantajista.

CAPÍTULO VII

Sidney O’Brennan titubeó algunos segundos ante el gesto indolente de Logan.

—¿Qué pasa? ¿No es suficiente? —dijo.

—¡Oh, sí… demasiado! Sobre todo, teniendo en cuenta el trabajo que le ha costado ganarlo.

O’Brennan se tambaleó imperceptiblemente en su silla, acentuándose la palidez de su cara.

—¿Qué… qué quiere… decir? —tartamudeó.

—No se haga el tonto, compadre. Conozco estos billetes; son los mismos que puse al alcance de cierto tipo la otra noche, y que, en agradecimiento, estuvo a punto de volarme la cabeza de un balazo.

Sidney se aferró a la mesa, apretando fuertemente los labios, como si contuviera los deseos de vomitar. Su rostro comenzó a salpicarse de gotitas de sudor.

—Ignoro… de qué… me está hablando —murmuró torpemente.

—Chantaje, hijo; un tipo de delito que me da arcadas. También podemos hablar de cierto asesinato… pero eso prefiero dejarlo para el final, so pena de ponerme muy nervioso —matizando la voz muy dulcemente, él detective inquirió—: ¿Dónde está el collar, grandísimo hijo de perra?

Jerry aspiró fuertemente al terminar de hablar. Estaba haciendo inauditos esfuerzos para no estrellar sobre la cabeza de su oponente el macizo casco de la mediada botella de champaña. No sentía compasión por Sidney O’Brennan, apreciando en los rasgos angustiados del hombre, en este momento, un acusado estigma de maldad y degeneración. Sidney cerró los párpados y una gota de sudor cayó en el mantel. Habló como

siempre, jadeando igual que un asmático:

—Yo… no robé el collar de Myrna… ¡Se lo juro!

—No hace falta que lo jure; una cosa es robar y otra el alargar simplemente la mano. ¿Desde cuándo está extorsionando a Garnett y a la señora O'Brennan?

Sidney lanzó un débil gemido, pasándose la mano por el rostro empapado; luego miró estúpidamente al mantel como si se contemplara en un espejo. Cuando volvió a levantar la cabeza, en sus ojos imperaba ahora una serena expresión.

—Está bien, señor Logan; hablaremos. Pero prefiero que sea fuera de aquí.

El detective estuvo dudando unos segundos, poniéndose al fin en pie sin ningún comentario. O'Brennan, después de limpiarse con el pañuelo el sudor de la cara, llamó a una de las camareras, pagando la cuenta con uno de los billetes de cien, evitando con dificultad la mirada del detective. Seguidamente inició la marcha, llevando a Jerry pegado a sus talones. El hombre agradeció el aire puro de la calle, aspirando profundamente; a pesar de ello, sus pasos siguieron siendo vacilantes, igual que los de un *fakir* después de batir un récord de ayuno. Logan le miró a su lado; O'Brennan era tan alto o más que él, pero desproporcionadamente delgado.

Caminaron sin hablar por el solitario callejón, y al ir a subir Sidney a la acera, dio un traspié, viéndose obligado Jerry a sujetarle… o, por lo menos, ésa fue su ingenua intención. La cabeza de O'Brennan, una vez agachado, entró en violenta, colisión con el estómago del detective, haciéndole caer de rodillas al suelo con la vista nublada por el dolor. Con instintiva angustia abrió los ojos, con el tiempo justo para ladear la cabeza en el momento en que su agresor avanzaba la mano con algo metálico brillante. Sintió un corte en la frente, en el instante en que la navaja le pasó rozando, evitando de todas formas el que Sidney le rebanara el cuello. Ésta se trataba de una lucha a muerte, y sin meditarlo, intentó ganar con la diestra la sobaquera de cuero donde portaba su arma, pero su posición

desventajosa le hizo actuar todavía entumecido por la asfixia del reciente golpe, demasiado lentamente, propinándole el otro un rodillazo en la mandíbula, que le tumbó de espaldas medio aturdido.

Como en sueños oyó el chillido de una mujer, y los pasos precipitados de alguien alejándose de su lado. Sin perder, en definitiva, la noción de las cosas, notó como alguien le ayudaba a ponerse en pie, reconociendo al negro uniformado de la entrada al «Ebony». A través de la sangre que medio le cegaba, sonrió agradecido.

—¿Cómo se encuentra?

Era una voz de mujer. Se enjugó el rostro para sonreír a Sheila Merrill; una Sheila Merrill demasiado hermosa, aún desencajada por la emoción y el miedo.

—Bien —repuso con voz tranquila—. No es profundo; sólo un arañazo. Pero mi ángel guardián debe estarse revolcando por el suelo por haberle tocado en suerte un tipo tan idiota…

—Venga a mi camerino… allí le curaré.

Jerry quiso negarse, pero ya el negro uniformado le empujó amablemente hasta llegar a una pequeña puerta excusada de acceso al *cabaret* antes no descubierta por el detective. Sheila dijo al portero:

—Vuelva a su puesto, Joss; creo que puede andar solo.

—Sí… Gracias, amigo —dijo, retirándose, el negro.

Cruzó con Sheila hasta su camerino con el pañuelo enrojecido tapándose la frente, sin cruzarse ambos con nadie en los pasillos. La doncella seguía ajetreada con el vestuario. Al entrar la pareja, miró a Jerry haciendo una mueca.

—Debí decirle que «ella» tenía hoy mal día —dijo.

—No he sido yo, estúpida —atajó Sheila—. Ve al botiquín que te den algo para curarle.

La negra salió a cumplir el encargo, sin acusar de todas formas sorpresa de ninguna clase.

—Váyase lavando ahí.

Jerry obedeció, metiendo la cabeza entera en el pequeño lavabo. Tuvo la cabeza metida dentro del agua helada hasta que sintió los sesos aliviados de la pesadez del plomo. Sheila esperaba pacientemente tras él con una toalla.

—Se la voy a manchar…

—No, ya no sangra. De todas formas, no importa.

Se miró al espejo, apreciando el rasguño como más insignificante de lo que en realidad esperaba. La doncella volvió a entrar en ese momento con apósitos, vendas y una verdadera provisión de útiles sanitarios de primera urgencia, que depositó sobre el tocador. Jerry silbó divertido.

—¿A quién van a operar?

Sheila se dirigió a la doncella.

—Bueno, ahora vete.

—¿A dónde? —preguntó la otra, ya casi desde fuera. Luego cerró con un portazo.

El detective se dio alcohol, cubriéndose simplemente el rasguño con un esparadrapo. Por el espejo vio a la joven a su espalda cruzada de brazos.

—Tiene genio el mozo —se pasó la mano por la frente—. Ahora, además, sé que lleva un asesino dentro.

—Iba a clavarle la navaja cuando yo grité —dijo ella con un murmullo.

Jerry se volvió sonriente, con los párpados semicerrados.

—Le cogeré. Volveré a echármelo a la cara; no me gustan las navajas, ni en manos de un *Boy Scout*.

—¿Por qué ha querido matarle?

—No sé; tal vez tiene el estómago sucio. Algo que no puede digerir; esto pone siempre a la gente irritable.

Alguien llamó a la puerta, diciendo seguidamente: «Señorita Merrill, dentro de diez minutos su número». Sheila gritó sin moverse del sitio:

—¡Diga a las Isis Sisters que actúen en primer lugar!

El traspunte tardó algunos segundos en decir «Bueno», oyéndose después alejarse sin ninguna, queja. Jerry abrió los brazos en un gesto de muda disculpa.

—En mi programa no entraba el ocasionarle tantas molestias.

La joven permaneció inmóvil sin responder, probablemente pensando en otra cosa. Transcurridos algunos segundos, sus reflexiones brotaron sonoramente a la superficie.

—Sidney
O’Brennan

es un completo cerdo —dijo convencida.

—Olvide a Sidney O'Brennan, y piense que usted puede volver a subir más alto que un cohete de la Marina.

—¿Por qué? —dijo ella con gesto pesimista.

—Porque yo soy público, y lo que me gusta a mí, le gusta a la generalidad de los tipos. No se esfuerce en dar más de lo que lleva puesto; usted puede salir a escena sentada en una silla, sin abrir la boca, y la gente aplaudirá a rabiar.

Sheila sonrió, iluminándose sus ojos con picardía.

—Soy bonita, ¿no?

—¿Bonita? Escuche; si levantara la cabeza Fidias, y la viera, tiraría a la basura todas sus estatuas.

—¿Quién es ese Fidias?

—Un tipo anterior a Samuel Goldwin.

La joven cruzó ambos brazos para acariciarse los hombros con un gesto perezoso; Jerry la comparó con una hermosa gata, admitiendo complacida el tibio calor del sol.

—Me es usted un tipo simpático, Logan… a pesar de ser policía. Deseo, además, que cuando coja a Sidney, lo apalee.

El detective avanzó hacia ella, apoyando con delicadeza sus manos en las caderas de la joven.

—¿Qué otra gran faena podríamos hacerle a Sidney?

Sheila iba a decir algo cuando se oyó al traspunte golpeando nuevamente al otro lado de la puerta.

—¡Señorita Merrill, dicen las Iris Sisters que no pue…!

—¡Pues salga usted a entretenerles! —atajó Sheila con mal humor—. No estaré lista, por lo menos hasta dentro de media hora.

El hombre se fue esta vez refunfuñando, mientras la joven variaba el tono de su voz, para dirigirse a Jerry.

—¿Qué me decía, Logan?

Logan no realizó ningún esfuerzo por recordar la conversación anterior; si bien es cierto que tampoco le hizo mucha falta.

Jerry tenía una habitación alquilada por Wrigley, aceptablemente decorada, de acuerdo con las exigencias de un hombre joven, soltero, y con bastantes compromisos. Pesa a esto, el número de su teléfono particular había llegado a la feliz

determinación de no confiarlo a nadie, salvo en muy particulares, y nunca femeninos casos.

Por eso, cuando esa mañana, lo oyó repicar entre sueños de forma persistente, creyó con mal humor mientras se calzaba las zapatillas, que se trataba sin duda de alguna equivocación.

—¿Logan?

—Sí.

—Esto es una advertencia: se está metiendo demasiado en lo que no le importa.

Era una voz de hombre, opaca; se notaba desfigurada, y excesivamente marcado el tono de amenaza. Jerry bostezó intencionadamente:

—Oiga, amigo; no acostumbro a hablar de negocios antes de desayunar… Para estas cosas, llámenme a la oficina.

—Allá usted, Logan, si cree que bromeo. Persista, y se encontrará con un balazo en la cabeza.

El detective sintió que la sangre le ardía en el cerebro, igual que hierve el café en una cafetera.

—Igual que Kennedy, ¿verdad? —dijo con los dientes apretados.

—Sí. Igual que Kennedy.

Jerry se entretuvo demasiado en elaborar el insulto más largo y floreado de su vida, dando lugar a que el otro colgara cuando sólo iba por la tercera parte. Furioso, continuó él sólo hablando por el auricular, hasta que le fue escaseando originalidad en el repertorio; entonces se sintió más tranquilo, y fue cuando depositó nuevamente el receptor en el aparato, como si estuviese construido con cáscaras de huevo.

Tardó en vestirse más de lo frecuente, meditando en torno a la reciente llamada. Ignoraba quién podía haberla hecho; pero de lo que sí estaba seguro, es que quienquiera que fuese, hablaba muy en serio.

Luego marcó el número de la oficina para decir a Sylvana que no pensaba ir hasta última hora.

—Te ha llamado un señor, que no ha querido dejar su nombre, Jerry…

—¡Claro, y tú le has dado este teléfono! ¿Verdad, encanto? —La otra dijo que «sí» débilmente, y el detective, aumentó el diapasón melodioso de su voz—. ¡Pues en lo futuro, bórrate tú también el

numerito de la cabeza! ¿Me entiendes?

—Sí, cariño…

—¡Y no me llames cariño en las horas de oficina!

Colgó, sin acordarse esta vez de qué material suele estar construido un teléfono.

Media hora después se hallaba en la oficina del juez O'Brennan.

Se anunció a la secretaria de lentes, teniendo que esperar unos minutos antes de que ésta regresara nuevamente.

—¿Quiere acompañarme?

Después de seguirla por el pasillo alfombrado, se detuvo ante una puerta, que Jerry no identificó como el despacho del juez. La mujer aclaró su duda:

—El juez está enfermo.

Acto seguido llamó con los nudillos, respondiendo desde dentro la voz de Milton Garnett con un «adelante».

El abogado no hizo intención de abandonar su asiento tras la mesa, una vez que Jerry hubo cerrado la puerta a sus espaldas; no obstante, esbozó una sonrisa de bienvenida.

—Siéntese, Logan —dijo, señalando una silla ante su opulento escritorio—. El juez está en cama…

—Sí, ya me lo han dicho; de todas formas, celebro verle a usted.

—Bien, por eso me he permitido hacerle pasar a mi despacho… —Jugó con una plegadera de bordes, quizá demasiado afilados—. Siento lo de la otra noche…

—Yo también. Debe disculparme…

—¡Oh, no me refiero a eso! Concretamente, lo que lamento es haberle mezclado en este… enojoso asunto.

Jerry comenzó a estudiar su guardia, igual que un pegador experimentado.

—Usted no me mezcló en nada, Garnett; tomé parte yo sólo por derecho propio —dijo.

—¿A qué llama usted derecho propio?

—Bueno, olvídelo. Ésta es una jornada de cortesía.

—Lo celebro, Logan; porque a partir de este momento, le prohíbo que intervenga para nada en mis asuntos.

—Algo parecido me han dicho esta mañana por teléfono.

—No sé a qué se refiere…

—Puede que no. De todas formas quiero resaltarle que «sus asuntos» son también los de la señora
O’Brennan.

—Lo sé; y ella está también de acuerdo conmigo, para que se inhiba por completo del presente caso.

El detective se mordió los labios.

—¿La idea es de ustedes o se la han sugerido por teléfono? —preguntó afiladamente.

—No estoy obligado a contestarle —repuso el otro en forma evasiva.

—No, claro que no; allá usted si quiere tirar todo su dinero al inodoro. Lo malo de esto, Garnett, es que se olvida usted del personaje más importante; él es quien inició el asunto con el difunto Kennedy.

El abogado hizo un movimiento impensado con la plegadora, haciéndose un pequeño corte, del que apenas brotó una gota espesa y redonda color bermejo. Sonrió, mientras aplicaba sus labios a la herida.

—El juez
O’Brennan
está enfermo. No me refiero a nada pasajero; corazón. Él lo lleva lo más discretamente posible, porque un político o quien aspire a serlo, ha de gozar de buena salud. Usted es un hombre honrado, Logan, y en nada ha de mermar el prestigio de su empresa el que por una vez se abstenga de señalar en voz alta algo que, desgraciadamente, no puede atajarse.

—De acuerdo, Garnett; pero, sintiéndolo mucho, lo único que no puedo dejar a un lado es la muerte de Kennedy.

Se puso en pie, imitándole el abogado mientras volvía a intervenir, ahora excitado:

—¡Usted no tiene pruebas de que la muerte de Kennedy tenga ninguna relación con el presente asunto!

Jerry ladeó la cabeza desde la puerta.

—Se sorprendería mucho, amigo mío, si le contara todo lo que sé, o me imagino.

Después cerró suavemente la puerta, dejando a Garnett en pie, chupándose la herida de la mano.

El juez

O'Brennan habitaba en un imponente caserón cubierto de hiedra en el bulevar de Sunset. Jerry dejó el coche junto a la acera, internándose en el sendero bordeado de rosales, de troncos casi tan gruesos como vides centenarias.

Le abrió la puerta un criado vestido de librea, tieso como si hubiera venido a este mundo metido en una funda de violín. Cuando el detective manifestó su deseo de ver al juez, el criado negó cortésmente con la cabeza:

—Lo siento; el señor está enfermo.

—Sí, estoy enterado. Pásele mi tarjeta de todas formas.

El hombre insistió en la imposibilidad de atender el encargo, con la misma pomposidad que si custodiara el tesoro de una catedral, y cuando Jerry comenzaba a madurar una respuesta a tono con su origen eminentemente democrático, las voces ese alguien dialogando en lo alto de la ancha escalera del vestíbulo, les hicieron levantar la cabeza.

Myrna O'Brennan bajaba acompañada de un hombre con cabello cano, portador en su mano derecha de un maletín. La mujer vio a Jerry, aunque su rostro no denotó ninguna emotividad especial. Llegó junto a la puerta sin que el detective tuviera, a partir de ese momento, en cuenta la presencia del criado con la puerta abierta. El del pelo blanco, se inclinó a besar la mano de la dueña de la casa.

—Llámeme a la clínica si me precisa, señora O'Brennan; yo volveré de todas formas esta noche.

—Gracias, doctor.

El médico se retiró, dedicando Myrna entonces su atención al recién llegado.

—Buenos días, señor Logan.

—Hola, he venido a ver a su marido… ¡Sí, ya sé que está malo!

El rostro de ella acusó cierta palidez. Se volvió hacia el criado, que todavía aguardaba mirando a Jerry, como si de la cocina llegara hasta su olfato el olor de la leche recién salida.

—Puede retirarse, Miguel.

Se quedaron solos en el salón, grande como un campo de

aterrizaje.

—¿Quiere pasar a la biblioteca, señor Logan?

La biblioteca —según pensaba Jerry— debía de albergar libros suficientes como para alfombrar la Avenida Figueroa en toda su extensión. Los únicos espacios no recubiertos por anaquelerías con volúmenes, lo ocupaban lienzos con retratos al óleo de individuos, ataviados al uso de distintas épocas. En algunos rostros se adivinaba una ligera semejanza con la fisonomía del juez
O'Brennan.
El detective, distraído en la observación del sobrio estudio, se palpó el esparadrapo de la frente.

—¿Le ha ocurrido algún incidente? —La voz solícita de la joven le hizo entrar en situación.

—¿Eh? ¡No! El último sombrero me lo compré pequeño.

Ambos rieron comedidamente. Myrna
O'Brennan
volvió a hablar; esta vez con cierto recelo:

—Supongo que no podrá transmitirme a mí lo que haya venido a decir a mi marido.

—Creía que usted y yo no teníamos ya asuntos en común, señora O'Brennan
—recalcó él burlonamente.

—Celebro si Milton se lo ha hecho comprender así.

—Milton no me ha hecho comprender nada; para ser abogado, resulta un mal orador.

La mujer entrelazó sus dedos nerviosamente.

—¿Quiere decir que no está dispuesto a ayudarnos?

—Si poder ayudarles entiende, el que me cruce de brazos, desde luego que no.

—¡Usted no tiene derecho a tomar determinaciones que puedan perjudicar nuestras vidas! —Movió la cabeza levemente, adoptando ahora un tono de súplica—. Usted, además, con ello no se beneficia.

—No, ni usted tampoco. ¿Hasta cuándo creen que pueden seguir arrancándose la piel a tiras para entregársela a ese canalla?

—Eso es asunto nuestro… señor Logan.

—¡Sí, ya sé… siempre venimos a parar al mismo sitio! ¿Cree que adelanta algo ocultando la verdad a su esposo?

—Sí, está delicado. Un disgusto así, le mataría.

Jerry suspiró resignado, mirando con gesto irónico la historia de América, a través de los rostros sobriamente enmarcados, alrededor de la espaciosa biblioteca. Sidney
O'Brennan,
con su navaja de muelles abierta, a falta de espada, hubiera completado en forma pintoresca, el depurado árbol genealógico.

—De acuerdo; procure usted sola encerrar el viento en una jaula. Los acontecimientos la abrumarán, señora
O'Brennan,
porque esto es como una bola de nieve rodando cuesta abajo. Mientras tanto, si cree que ello puede reportarle alguna alegría a su marido, dígale que Sidney ha adelantado su época de vacaciones —se señaló la frente—. Él es quien me hizo lo del sombrero; pero no debe preocuparse: el honor de la familia está a salvo.

Salió al recibimiento, seguido por la mujer. Ésta preguntó con vehemencia:

—¿Sidney está bien?

—Sí, y con dinero. ¿Eso no la sugiere nada, señora
O'Brennan?

Myrna se conformó con mirar al suelo. En silencio llegaron hasta la puerta de salida. Por última vez, el detective se dirigió a la joven con emotiva entonación:

—Oiga, Myrna; me imagino que ese canalla les ha amenazado nuevamente por teléfono. Quiero decir, y perdone mi inmodestia, que yo no le gusto como enemigo. No deje que perdamos el terreno ganado, y antes de hacer nada de lo que más tarde pueda arrepentirse, venga a hablar conmigo… como con un buen amigo.

—Gracias, señor Logan. Lo tendré en cuenta… en la medida de mis posibilidades.

Jerry salió al camino de rosales, maldiciéndose a sí mismo por no haber adelantado nada en concreto. Al llegar junto a la acera, le aguardaba otra nueva contrariedad: su viejo «Buick» parecía haberse evaporado.

Estuvo dando vueltas en torno a varias manzanas de casas, admitiendo al fin que el coche le había sido robado. Maldijo a media voz hasta que se cansó de que la gente le mirara viéndole hablar a solas. Dio, inútilmente, las características del coche al guardia de tráfico que encontró en el lugar más cercano al del robo.

—¿Dejó usted las llaves puestas? —preguntó el guardia.

—Sí…

—Eso no debe hacerlo.

—No me diga por qué… —apuntó Jerry con agrio humor.

—Claro que sí: porque le roban el coche.

—Gracias por la conclusión, amigo.

Se marchó más excitado que antes. Antes de regresar a la oficina, se entretuvo casi una hora poniendo la denuncia, tiempo que empleó casi en rellenar un impreso apuntando pormenores del coche en los que jamás se le ocurrió pensar.

Sylvana le recibió arrolladoramente efusiva.

—Hola, cariño…

Logan dio suelta a su mal humor.

—¡Te tengo dicho que no me llames ca…!

—Es que ésta es hora libre para almorzar, Jerry.

—Entonces, ¿qué diablos haces aquí?

—¿No te acuerdas que me invitaste ayer, para hacerlo en tu compañía?

—Bien, come tú sola, y cárgamelo en cuenta.

Sylvana se fue, amenazando con buscarse un, jefe más atento. A su regreso, una hora más tarde de lo necesario, se encontró a Jerry dibujando furiosamente círculos concéntricos sobre el papel secante, y estimó oportuno no molestarse en darle las buenas tardes.

Hacia las cinco sonó el teléfono, cogiéndolo el detective.

—Agencia Keyhole. Diga…

—¡*Aló*! ¿Jerry? Soy el teniente Kendrick…

—Mire qué bien. Hoy es un gran día —dijo a media voz.

—¿Qué te pasa, chico? Hablas como si acabaras de perder la novia.

—No. Yo sólo pierdo automóviles en buen uso.

—¡Demonios, Jerry…! ¿No será un «Buick» gris, bastante guarro, modelo 52?

—¿Cómo diablos se ha enterado? —preguntó el detective algo amoscado.

—Yo lo sé todo, hijo; a la gente le gusta cooperar.

—Bueno, entonces, encuéntreme el coche.

—Para eso te llamo; está aquí en Pass Road. Tiene una rueda

pinchada.

—Deme la dirección exacta —tronó Jerry con euforia—. Voy para allá ahora mismo.

—De acuerdo. Te espero, chico.

Jerry llegó en un taxi, hasta el lugar indicado por el teniente. A distancia descubrió el pequeño grupo formado en torno a su coche, y pensó que Kendrick, para mejor abochornarle, deberla haberse llevado a una banda de música. Al ir a pagar, le llegó el reflejo de un «*flash*» electrónico, subiéndosele el corazón a la boca.

Kendrick, un Kendrick afable y sonriente, le palmeó amablemente en la espalda.

—Hola, chico; eso se llama cariño al viejo cacharro.

Jerry eludió el obsequioso saludo, preguntando con recelo:

—¿Quién hay dentro?

—¡Oh! Sólo un tipo sin importancia, llamado Sidney
O'Brennan,
con una navaja clavada en el corazón.

CAPÍTULO VIII

Jerry experimentó la misma sensación que si fuera montado en un tiovivo. Kendrick seguía sonriendo como si acababa de contar algún chiste político. El detective se hizo a un lado, para mirar al interior del coche. Sidney se hallaba recostado sobre el volante como si durmiera. Era preciso meter la cabeza dentro del vehículo para advertir la empuñadura de una navaja, sobresaliéndole a la altura de la tetilla izquierda. En el suelo se veía un gran charco de sangre coagulada. El detective retiró la mirada, para volverse hacia Kendrick.

—¿Hace mucho? —inquirió.

—Unas tres horas, suponemos. El resto, ya nos lo contarás tú.

—Déjese de bromas; sé tanto como usted.

La forzada sonrisa desapareció del rostro de Kendrick.

—Para ser de la competencia, hijo, tienes muy poca imaginación. Puede que pienses que la tengo tomada contigo… y estarás en lo cierto: ya me estás hartando. Esta vez no voy a esperar a que hagas opción a ningún diploma —señaló hacia el coche con mano rígida—. Esto va a armar ruido. El que hay ahí dentro es un tipo importante… ¿comprendes, listo?

—Sí, le conozco.

—¡Ah, vamos! Le conoces. No me hagas demasiadas concesiones, listo, o acabaré desmayándome aquí mismo de gusto.

—No tengo nada que ocultarle, Kendrick —añadió Jerry con fingido mal humor.

—Lo supongo; estás blanco y vacío como el interior de un coco. Por otro lado, la historia es ingenua como una opereta. Erais amigos, y tú le dejaste el coche para que viniese a las afueras a matarse pulgas con la navaja.

—No. El coche me lo robaron; puse la denuncia esta misma tarde. Lo dejé aparcado ante la casa del juez

O’Brennan.

—Ya, y su sobrino se lo llevó —añadió el otro con sorna—. No me tomes por un mal educado si te pregunto qué fuiste a hacer allí.

—Estuve a ver al juez
O’Brennan.

—Pregunto para qué.

—Se hallaba enfermo.

Kendrick miró al detective furiosamente, como si se hubiese atragantado con una espina.

—Visita de cortesía, ¿eh? Exigencias de militar en la aristocracia.

Llegó el furgón judicial, y uno de los hombres de Kendrick vino a decirle algo, separándose el teniente de Jerry durante unos instantes. El detective agradeció el respiro, para encender un cigarrillo. Sabía que estaba en un apuro, cuya consecuencia inmediata sería el tan temido escándalo por la familia
O’Brennan.
Kendrick no era tonto; ya tenía asido por un extremo el hilo y ahora todo era cuestión de tirar para llegar a saber, por lo menos si no todo, gran parte del asunto. Meditó que puede que esta circunstancia fuera favorable para muchas cosas, salvo el nuevo cadáver recién sumado a la lista.

Cuando sacaron el cuerpo retorcido de Sidney, un gran grupo de curiosos les rodeaba. Kendrick dijo en voz alta algo así como que los disolvieran a palos, pero, a lo sumo, la gente retrocedió dos pasos de sus respectivos sitios. El teniente vino nuevamente junto a Jerry. Tenía el grave gesto que suele poner un policía cuando está contrariado; y un policía contrariado es algo así como un tigre con dolor de muelas. Miró a Jerry de arriba abajo.

—Y tú, lárgate… Vamos, fuera. Mañana a las diez, ve al Departamento. Ya hablaremos despacio… ¿Me entiendes, listo? —dijo despectivamente.

—No me hable así.

Kendrick avanzó hasta quedar su rostro a dos centímetros escasos del detective.

—Te hablo así, y te pisoteo la cara; con otro puede que ya lo hubiera hecho. Kennedy te dio muchas alas… y no eres nadie.

Logan notó sus orejas ardiendo. Kendrick no era, a su juicio, un

polizonte que abusara de sus prebendas para sacar los pies del tiesto, y ahora, sin embargo, lo estaba haciendo. Tragó saliva antes de responder:

—Kennedy me enseñó a no temer a los hombres y a respetar a los policías… cuya representación genuina, en este momento, no es precisamente usted.

Se notó que Kendrick hacía un esfuerzo para bajar el tono de su voz.

—Vete, Jerry… o no respondo.

El detective dio media vuelta para abrirse paso entre los curiosos. Le dolían los dientes de llevarlos apretados. Él siempre siguiendo las normas aprendidas por Kennedy, había colaborado con la policía procurando no quebrantar los principios fundamentales que dignificaban su negocio. Ahora el presente caso era diferente de todos; Kennedy bajo tierra, avalaba este aserto… Sin embargo, por su parte, puede que Kendrick tuviera razón también.

Esto último le hizo doler el estómago al reconocerlo.

Jerry se levantó bastante despejado a la mañana siguiente, pese a la singular borrachera con que celebró, en compañía de Sylvana, la compra de un nuevo ventilador para la oficina.

Después de la aparición de su coche con Sidney O'Brennan muerto, no había querido pensar en nada. Ignoraba cuál sería en estos momentos la situación de Myrna O'Brennan.
Cuando acabó de vestirse, salió a la calle, pensando, con lúgubre humor, si para entrevistarse con Kendrick en su Departamento, debía ir ya acompañado de su cepillo de dientes.

Ojeó un par de diarios de la mañana, mientras desayunaba. Chorreaban tremendismo literario a gusto del consumidor más exigente. El nombre de O'Brennan figuraba en la primera página, en letras de más de diez centímetros. Se le ensalzaba por un lado con respeto, para luego airear las fracasadas incursiones artísticas del sobrino, cogido de la mano de Sheila Merrill. Los retratos de la joven se prodigaban aderezados al pie con sabrosos comentarios.

Jerry engulló su tostada, pensando en que la bomba ya había estallado; ahora sólo quedaba saber a cuántos iba a alcanzar la metralla.

Llegó al Departamento a la hora convenida. Kendrick salió de su despacho a recibirle. Iba sin afeitar y en mangas de camisa. Tenía cara de no haber dormido. Saludó al detective con voz indiferente:

—Hola.

—Hola, teniente.

Ambos se estudiaron fijamente durante algunos segundos, siendo Jerry el primero en hablar.

—Kendrick, me molesta tener que charlar con usted como si lo hiciera guardando equilibrio sobre la antena del Empire State.

—Tú solito te has subido ahí, muchacho.

—Es posible; todo es posible, menos el que usted y yo nos tiremos los trastos a la cabeza.

—No me largues discos sentimentales, hijo, porque no estoy dispuesto a creerte —en la voz del teniente no había, sin embargo, el menor asomo de dureza.

—Tómelo como quiera —dijo el detective, encogiéndose de hombros.

—Pasa a mi despacho.

El despacho del teniente estaba tan repleto como solo puede estarlo el Coliseo de Los Ángeles en la final de la Serie Mundial de Béisbol. Una taquígrafa tomaba notas, mientras tres policías rodeaban a Sheila Merrill, tranquilamente sentada. Saludó deslumbrante a Logan, cuando éste entró en la habitación.

—Hola, Jerry.

Pese a su aparente aplomo, Jerry notó en la voz de la mujer un cierto respiro de alivio. La presencia de la artista allí, no fue para el detective ninguna sorpresa. Respondió al saludo en forma afectuosa.

—Hola, Sheila.

—Sabemos que estuviste la otra noche en el «Ebony», Jerry —intervino Kendrick—. El portero incluso ha declarado que tuviste una pelea con Sidney
O'Brennan;
pero ella no recuerda absolutamente nada.

El detective dirigió a la joven una mirada agradecida.

—Puedes decir la verdad, Sheila. Desde, el principio al fin; no

deseo ocultar nada a la policía. Carezco de motivos para hacerlo.

Kendrick miró a los dos alternativamente varias veces, como si siguiera las incidencias de algún partido de tenis, reteniendo su mirada finalmente en la artista, cuando ella, con voz pausada, comenzó el relato.

Dijo todo, auxiliada de vez en cuando por la mirada aprobatoria de Jerry, procurando, no obstante, ilustrar la actuación del detective con una aureola de angelical cortesía. Kendrick, cada vez que la chica se permitía una de estas lucubraciones, contraía el gesto como suele hacerse cuando el ascensor en que viaja desciende demasiado rápido.

Estuvo pensativo algunos segundos cuando la chica terminó; luego se dirigió al detective:

—Te toca a ti, Casanova.

—Todo cuanto ha dicho ella es verdad.

—Eso soy yo quien tiene que considerarlo —repuso el policía acremente—. ¿Por qué peleaste con O'Brennan?

—Yo no pelee, fue él quien me agredió —recalcó Jerry—. Supongo que esto también se lo habrá contado el portero del *cabaret.*

—Pero tú andabas buscando al muchacho, ¿no es eso?

—Sí. Llevaba dos días sin aparecer por la oficina. De su domicilio también se había largado sin dar explicaciones.

—¿Te encargó el juez O'Brennan que lo buscaras?

—No; no me lo encomendó nadie.

El teniente parecía sinceramente sorprendido.

—¡Vaya! ¿Quieres decir que hacías el trabajo por tu cuenta?

—Yo no he dicho eso —repuso el detective con aplomo—. Para ser más exacto, comenzaré por el principio —hizo una pausa como si meditara lo que iba a decir, aunque su declaración la tenía ya estudiaba desde el día antes—. El juez O'Brennan se hallaba preocupado por la pérdida de un collar de perlas de su mujer, y encargó el asunto a nuestra agencia. Supongo que no puso la denuncia por no dar publicidad al hecho. En éstas me enteré de

la desaparición del sobrino, y lo busqué. Eso es todo, si hablan con el juez, corroborará mi declaración.

Kendrick torció el gesto.

—El juez no nos ha dicho nada de eso.

—¿No? —Jerry se acarició la barbilla, sin mostrarse contrariado —.
O'Brennan
está delicado del corazón. Si no le han matado con la noticia de lo de su sobrino, me imagino que tampoco estará para contar historias complicadas.

El teniente de policía creyó oportuno poner a salvo su humanitario concepto de la obligación.

—El juez no sabe todavía la verdad de lo ocurrido —dijo como en un susurro.

—¿De qué le han hablado, entonces?

—De la desaparición del muchacho… —Kendrick adoptó de nuevo su tono agresivo—. Y ahora, si no te molesta, hijo, seré yo el que te haga a ti preguntas. ¿Qué tiene que ver la muerte de Kennedy con todo esto?

Jerry se encogió de hombros.

—Ahora sé tanto como usted del asunto; ignoro, además, qué le hace suponer semejante cosa.

Los ojos desconfiados de Kendrick taladraron al detective. Sheila, indiferente en su asiento, había sacado una pequeña lima del bolsillo y se arreglaba las uñas.

—Mira, hijo; voy a hacerte un breve resumen de los hechos —habló el policía con voz de armonio—. Suponte que los
O'Brennan
se niegan a admitir la historia de ese collar; suponte que además me da por pensar que se trata de un cuento tuyo. Entonces resulta: que se te ha visto perseguir a Sidney con intenciones nada amistosas; que más tarde se le ha encontrado asesinado en tu propio coche… y que, para terminar, tu coartada de ayer tarde tiene espacio más que suficiente como para aparcar tres asesinatos.

El detective se sintió particularmente incómodo.

—Todo eso son castillos de arena, Kendrick, y usted además lo sabe perfectamente. La señora
O'Brennan

confirmará lo de la pérdida del collar; en cuanto al resto, lo único que adelantaría es tenerme un par de días encerrado. El fiscal no tiene ahí tela suficiente para cortar, usted me ha pedido que colabore, y ya lo estoy haciendo… Ahora, en premio, no me dé golpes bajos.

—Es posible, muchacho, pero no estoy obligado a creerte nada. Dices sólo lo que te conviene porque te crees muy listo. Puedo tenerte aquí dos días, o dos semanas si me place. Sabes que puedo hacerlo. Me basta con dejar transcurrir las veinticuatro horas reglamentarias para darte suelta, y volverte a detener con otra cualquier excusa en cuanto pises la puerta de la calle. A veces este trabajito no es cómodo, pero en ocasiones, yo he conseguido alargarlo hasta cerca de un mes; puede que lo intente contigo. Puede que sí.

Jerry tragó saliva. No es grato el hospedaje prolongado en ninguna Comisaría; con el calor de Los Ángeles, no es bueno hacer trabajar a la policía. Sheila miraba ahora a los dos hombres alternativamente, dibujándose en su rostro una mueca de preocupación.

—Bueno, Kendrick —dijo el detective sin ninguna emoción—. Me imagino que si está dispuesto a inflamarse el hígado, de nada vale que me eche a llorar… Puede ir apretando el timbre.

El policía parecía bastante atareado en morderse un padrastro. Cuando acabó Jerry de hablar, le miró con fingido pesar, como si acabara de perderse el hilo de la conversación.

—Siempre dices lo que menos te conviene, chico.

En ese instante se abrió la puerta del despacho para dar paso a un policía uniformado, quien, adelantándose hasta el teniente, le dijo algo en voz baja. Kendrick se mordió el labio pensativamente durante unos instantes, diciendo al fin:

—Que pase.

Acto seguido, hizo su entrada en la oficina Myrna O’Brennan.

Tenía profundas ojeras, contrastadas con el tono pálido de su rostro, que se acentuó ligeramente al descubrir a Jerry dentro de la habitación. Saludó en un susurro, ofreciéndose un par de policías para brindarle asiento.

—Encantada de verla aquí, señora

O'Brennan
—habló Kendrick—. Caso de haberme avisado, le habría evitado esta molestia.

—He preferido salir de casa… Estoy abrumada con lo de Sidney. Temo, entre otras cosas, por la salud de mi marido —dijo ella.

Myrna jugó nerviosamente con su bolso. En ese instante descubrió a Sheila sentada al otro extremo de la habitación; ambas mantuvieron la mirada con fría serenidad, sonriendo al final la bailarina con una ligera mueca de encono y desprecio, como suele hacer la gente de color, comúnmente al sentirse curiosamente observada. Myrna separó sus ojos de la artista un tanto altivamente.

—Anoche omití el decirles algo —habló al policía—. Pero supongo que el señor Logan les habrá informado.

Jerry comenzó a rezar por lo bajo cuando Kendrick intervino para decir:

—El señor Logan nos ha contado una pequeña historia acerca de un collar…

—Sí; es cierto —repuso Myrna vivamente.

—¿Es cierto qué, señora
O'Brennan?

La joven hizo un esfuerzo antes de lanzarse a dar su versión.

—Extravié un collar de perlas, diciendo mi marido que el señor Logan se encargase de la investigación.

Jerry respiró igual que un buceador al ganar la superficie; pese a todo, evitó el mirar a Kendrick. Éste, con exagerada cortesía, prosiguió el interrogatorio.

—Perdón, señora. ¿Su esposo encargó del asunto al señor Logan o al difunto Kennedy?

—No sé; a los dos, supongo. ¿No son de la misma agencia?

A Jerry le maravilló el aplomo con que ahora actuaba, Kendrick parecía ligeramente contrariado.

—¿Sabe su esposo que ha venido a hacer esta declaración?

—Él es quien me ha encomendado que viniera. Sospecha, además, que a Sidney le ha ocurrido algo. Hoy el médico le ha recomendado absoluto reposo, pero él insiste en que le lleven la Prensa; temo que no vamos a poder ocultárselo por más tiempo.

El teniente hizo un gesto aprobatorio. La atmósfera se hallaba cargada; alguien abrió una ventana, sin que el menor soplo de aire

viniera a aliviar la situación.

—Quisiera hacerle unas breves preguntas.

Myrna afirmó con la cabeza, y el policía, con su tacto habitual, se interesó cortésmente por la suerte del collar. Las respuestas fueron concretas, y tan sabidas por Jerry, que a fin de no reírse en las barbas de Kendrick hizo por mirar a través de la ventana. El teniente trató de insinuar alguna relación entre la muerte de Sidney y la desaparición del collar, sin que ella se diera ni remotamente por aludida. El policía dio entonces la entrevista por concluida.

—No deseo molestarla más, señora
O'Brennan.

Myrna se puso en pie.

—Gracias, teniente —tendió igualmente su mano al detective—. Adiós, señor Logan.

Cuando salió, Kendrick mantuvo con su iniciativa, dentro del despacho, un silencio de cementerio. Al final se volvió a Jerry.

—Me crees idiota, ¿verdad, hijo? Todos me ocultáis algo, y tú además, gozas del amparo de un gran personaje. Habrá escándalo, lo presiento. Y no seré yo quien lo evite, ya que me pagan para tener las narices demasiado largas. Hasta entonces, muchacho, ponte las barbas, a remojar —se sentó de golpe tras su escritorio, mesándose el cabello con gesto cansado—. Eso es todo. Ahora márchate. Usted también puede hacerlo, señorita, pero no podrá abandonar la ciudad sin previo, aviso.

Salieron ambos juntos del Departamento, caminando por la acera sin hablar. A la luz del día, Sheila resultaba doblemente atractiva. Sonrió al detective mostrando su dentadura perfectamente blanca.

—Lo que más siento es que me han hecho madrugar.

—Gracias por tu ayuda, Sheila. Celebro haber llegado antes de que los enfadaras del todo.

La joven se encogió de hombros.

—Son hombres al fin y al cabo; los hombres sois todos iguales… Bueno, casi iguales —se detuvo para mirar al detective de frente—. ¿Le has matado tú, Jerry?

El aludido soltó una carcajada.

—Sí, Sheila; y quiero que tú sola sepas el motivo: le pegó varias pulgas a mi perro.

—En serio, Jerry; aunque así fuera, no lo sentiría.

—Bien; pero prefiero que le agradezcas el favor a otro. Yo cuando mato lo hago con más sentido común, y entierro los cadáveres en el jardín de casa; allí, además, no curiosea nadie.

Ambos rieron. Jerry la cogió del brazo.

—Sheila, nunca me he emborrachado por la mañana; ésta es una buena ocasión para saber qué es lo que se siente.

La joven se quedó clavada en el lugar, mirando sobre el hombro del detective al otro extremo de la calle.

—Temo que se te acumulen los compromisos, Jerry. Ahí tienes a la tierna esposa de
O'Brennan
acechándote desde su coche. De todas formas, yo tenía ensayo. Gracias de todas formas por tu invitación, y no dejes de venir a verme…

—Adiós, Sheila.

Paró un taxi junto a ella, tirándole la joven un beso una vez que se hubo acomodado en el interior. Jerry cruzó la calle, cuando el vehículo hubo arrancado. Myrna se hallaba sentada en su descapotable, fumando apoyada en el volante. El detective se apoyó en la portezuela, saludando con aire desenvuelto.

—Gracias. Hoy es un día de dar gracias a todo el mundo, en atención a que nadie me haya complicado en sus intrincados asuntos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que miente usted muy bien; tanto, que casi me ha defraudado.

—Usted no defrauda nunca, Logan; se mantiene siempre a tono su proverbial grosería.

—De acuerdo, tengo poca paciencia para ejercer el oficio que me ha tocado en suerte, pero ¿hasta cuándo cree que va a poder ocultar a todos la verdad? Todo lo que yo he averiguado, puede también hacerlo la policía.

—No, si usted se calla.

—¿A cambio de qué, señora? ¿Tal vez de la ayuda que usted me presta en otro sentido? Usted pide mucho a cambio de nada, y ahora son ya dos los muertos con que se enriquece nuestra bonita y pasiva historia. Estamos llegando al final; la muerte de Sidney ha

precipitado las cosas. Ahora intervendrá la policía y todo lo malo surgirá a la superficie con la misma fuerza con que brota la viruela. Esto el criminal también lo sabe. Quien se preste a seguir su juego, habrá de lamentarlo muy seriamente.

—¿Algo más, señor Logan?

—No; estoy harto de predicar. Pídale consejo a Milton Garnett; para eso es su abogado.

Myrna O'Brennan arrancó el coche, estando a punto de tirarle. Luego, después que se perdió de vista, Jerry estuvo maldiciendo la intencionada acidez de sus palabras durante largo rato.

Estuvo todo el día enfrascado en diversas indagaciones. Cuando regresó a la oficina, Sylvana, cumplida su hora, se había marchado. En el bloc de avisos telefónicos descubrió unas líneas torcidas, de trazo infantil, garrapateadas por su secretaria.

Jerry borró mentalmente la palabra «cariño» con que se encabezaba el testo descifrando acto seguido:

> «El juez O'Brennan te ha llamado. Es un caballero muy atento y muy célebre. Desea verte cuanto antes».

Seguidamente de una firma tan historiada como el escape de un avión en plena demostración acrobática, añadía una postdata:

> «He dado al juez el pésame por la muerte de su sobrino. ¡Pobrecito!».

Jerry tomó asiento en su escritorio, celebrando interiormente la circunstancia de no tener a Sylvana en su presencia, so pena de aumentar el censo de la ciudad con un nuevo asesinato. Al final acabó riendo, después de apurar dos dedos del líquido de la botella guardada en el armario. Acto seguido se encaminaba hacia la residencia del juez O'Brennan,

donde llegó casi anochecido.

Esta vez el mayordomo no puso objeciones de ninguna clase a su visita, añadiendo incluso un protocolario:

—El señor le espera. Tenga la amabilidad de seguirme.

Ascendieron por las ostentosas escaleras, sintiendo Jerry la misma impresión al llegar al piso superior que si deambulara por el interior de un museo. El criado llamó con los nudillos en una puerta de dimensiones análogas a las de una catedral, respondiendo desde el interior una voz ligeramente audible… Cuando Jerry estuvo dentro de la regia habitación, descubrió frente a sí, empotrado en un mar de almohadones, la sobria figura del juez O'Brennan.

Pese a su aspecto demacrado, se mantenía rígido en su lecho con dosel, igual que un soberano obligado a conceder audiencia desde su cama.

Después que el criado se hubo retirado, el detective avanzó hasta el lecho, atendiendo la indicación del hombre acostado. En torno a O'Brennan se veían algunos diarios, con el crimen del día en primera plana.

—Tome asiento. Logan.

Jerry señaló los periódicos, mientras obedecía la indicación del enfermo.

—¿Se enteró de la noticia por mi secretaria?

—No. Ya estaba al corriente; por ello le llamé.

Su voz denotaba forzada entereza.

—Lo siento, señor O'Brennan.

El juez trató de incorporarse mientras sus ojos brillaban con un tenue destello de autoridad.

—Usted no debe sentirlo, Logan; nadie debe lamentarlo. Sidney llevaba mi apellido… pero no era bueno. En mis largos años de carrera, he madurado la triste experiencia de saber cuál es el fin de quien no camina recto… —entornó los párpados para recuperar el ritmo de su respiración—. Debí prevenirle sobre mi sobrino; quizá hubiéramos evitado esto… aunque lo dudo. Yo mismo estaba convencido del cambio operado en Sidney…

—¿Qué supone que le pudo ocurrir al muchacho?

O'Brennan
miró pensativo al tornalecho, encogiéndose luego entre los almohadones, igual que un neumático que pierde aire.

—No sé: han ocurrido muchas cosas extrañas en torno a mi familia, y ya es hora de que intervenga la policía. Por eso le he llamado; ya no se trata de un caso privado, Logan. Por encima de todo prejuicio, he de proceder como un ciudadano sensato.

Jerry asintió levemente con la cabeza.

—Bien; entiendo entonces que mi trabajo ha terminado.

—Su trabajo, como usted lo llama, ya no nos concierne a ninguno de los dos; es la Ley con todos sus recursos quien debe actuar. Para mí no es grato… —señaló con el dedo los diarios esparcidos sobre la mesa—. Pero es mi obligación afrontar las consecuencias, sin operar en ningún momento a espaldas de la policía.

El detective se levantó pausadamente.

—De acuerdo, señor
O'Brennan;
de todas formas, mi participación en el caso no era una simple cuestión profesional. Estaba interesado y continúa interesándome, en atrapar al que mató a Kennedy.

—¿Supone…?

—Estoy seguro —atajó el detective—. Kennedy era un gran hombre. Quien le asesinó me convirtió a mí en un perro de presa.

El enfermo se acarició los párpados en un gesto de acusada fatiga.

—Comprendo; sólo hablé con Kennedy dos veces en mi vida, con motivo del dichoso collar, y estimo que era un hombre honrado. No le reprocho su actitud, Logan —tendió su mano al detective que éste estrechó, añadiendo luego, como si encontrara poco adecuado el momento—: En cuanto a sus honorarios, el señor Garnett…

—¡Oh, no se preocupe!… Ya hablaremos de eso; gracias de todas formas.

El enfermo debió tocar algún oculto timbre junto a la cabecera de la cama, porque casi en el acto se abrió la puerta para dar paso al criado.

—Acompañe al señor.

Cuando bajaban por la ancha escalinata, Jerry preguntó al

engolado mayordomo:

—¿Cuánto tardará el juez en reponerse?

—No sabemos, señor; el médico le ha recomendado una larga temporada de descanso.

—Espero que pueda hacerlo.

Logan abandonó la casa sin comprender el gesto de reproche del viejo criado.

Jerry oyó entre sueños el insistente repiqueteo del timbre. En principio lo confundió con el teléfono, admitiendo extrañado, mientras se ajustaba el batín, todavía adormecido, que en realidad se trataba del llamador de la puerta.

Su reloj señalaba en ese momento la una y media, hora poco adecuada para las visitas. Cuando caminaba hacia la entrada, tuvo un gesto de lucidez, y volviendo a la alcoba, tomó el revólver, que introdujo en el bolsillo del batín.

Al abrir la puerta estaba prevenido para cualquier tipo de sorpresa. Aun así, ésta se produjo cuando, enmarcados en la entrada, descubrió al teniente Kendrick y a su sargento ayudante. Los tres se contemplaron inmóviles como estatuas hasta que Jerry creyó oportuno decir algo.

—Adelante, amigos. O ustedes madrugan mucho o yo me levanto muy tarde.

Pasaron tras él sin decir palabra, caminando hasta la alcoba. Allí Kendrick, después de echarse el sombrero hacia atrás, tomó asiento tranquilamente en la deshecha cama. El sargento optó por apoyarse lánguidamente en el quicio de la puerta. Ninguno de los tres parecía disfrutar con la compañía que entre sí se dispensaban.

Jerry, tras unos instantes de indecisión, fue hasta el pequeño mueble-bar adosado en un rincón de la estancia, tomando tres vasos que llenó de *whisky*.

—Bueno; al menos depárenme la ilusión de que se hallan de visita, y no en acto de servicio.

Tendió primero el vaso al sargento, de quién se hallaba más cerca, pero éste no lo tomó hasta que Kendrick le hizo un aprobatorio gesto. Los dos policías bebieron el licor de un solo trago. El detective permaneció en pie, esperando a que el teniente hablara.

—Vístete, chico; tenemos prisa.

—¿De qué va la cosa, Kendrick? Le prometo no ir con el cuento a los rusos.

El policía puso un gesto agrio.

—Te sobra el tiempo para hacer gracias, ¿verdad, hijo? A mí no; llevo casi cuarenta y ocho horas sin quitarme los zapatos.

—Kendrick, tengo derecho a saber por qué se me detiene…

—Por nada, encanto, no se te detiene por nada… al menos momentáneamente. Se trata de una persona que la ha emprendido esta noche a tiros con otra, y quiere verte.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco; no comprendo el motivo que pueda tener una mujer como la señora O'Brennan para enredarse a balazo limpio con su abogado en plena calle.

El vaso sostenido por Jerry estuvo a punto de estrellarse contra el suelo.

—¿Myrna O'Brennan… con Milton Garnett? —tartamudeó.

—Sí; él ha muerto, pero ella tampoco ha salido de rositas. Tiene varios balazos en el cuerpo. Está grave; no quiere hablar con nadie… y pide que vayas tú.

El detective tomó asiento en la cama, restregándose el rostro como si lo acabara de embutir en un pastel de crema.

—¿Garnett… muerto?

—Sí, a no ser que vendan sesos de recambio. Lo que más te agradará saber es que el arma que usó la O'Brennan es la misma con que asesinaron a Kennedy.

Esta vez el vaso de Jerry Logan se hizo trizas contra el suelo.

CAPÍTULO IX

El detective fumaba pensativo junto a Kendrick y el sargento, mientras se trasladaban en el coche policial por la avenida Slauson al hospital de Maywood.

Ninguno de los ocupantes del vehículo hablaba. El conductor hizo sonar una vez la sirena, coincidiendo el ruido con los motores de un avión recién despegado del cercano aeropuerto, y Kendrick gruñó con malhumor:

—Calla esa chicharra; por lo menos, que duerman los vecinos…

Llegaron al hospital en menos de un cuarto de hora. En el vestíbulo del tercer piso, Jerry vio a tres individuos paseando, con ese sello inconfundible que tienen los policías. Tras doblar el primer recodo de pasillo, junto a la puerta señalada con el número 319, un sujeto de proporciones macizas dormitaba apoyado contra la pared. Al descubrir a Kendrick, se puso rígido como el centinela de una academia militar. El teniente llamó en la madera suavemente con los nudillos, abriéndose ésta casi al instante para descubrir la figura de un hombre con bata blanca. Habló al policía como en un murmullo:

—Acaban de hacerle otra transfusión. No la molesten demasiado, por favor.

Kendrick asintió, abriéndose paso seguido del detective. La habitación se hallaba en penumbra. Jerry anduvo unos pasos hasta la cabecera de la cama niquelada, para distinguir con claridad el rostro marmóreo de Myrna
O'Brennan.
Toda la piel de su cara se hallaba salpicada de gotas de sudor. Parecía dormir, mientras respiraba con dificultad a través de sus dientes apretados; no obstante, al acercarse el detective, abrió los párpados, dedicando al hombre una débil mueca que quiso ser una sonrisa. El teniente permanecía firme a los pies del lecho. Logan se

inclinó sobre la enferma.

—¿Cómo se encuentra?

La mujer hizo un esfuerzo para decir «Bien», mirando luego fijamente al impasible policía. Kendrick carraspeó, y tras unos momentos de duda, dio al fin media vuelta, abandonando sigilosamente la habitación.

—Agua…

Jerry le acercó a los labios el recipiente especial dejado sobre la mesilla, y la joven se humedeció los cortados labios; luego quedóse mirando al techo con ojos ligeramente empañados.

—Debí de… hacerle caso… Logan —musitó.

—No piense ahora en eso.

—Ignoraba… que se tratase… de… Milton…

Dos lágrimas resbalaron por su rostro hasta el cabello empapado de sudor. Jerry la enjugó la frente con su propio pañuelo.

—Dígame en breves palabras lo que ocurrió.

—Llamaron por teléfono… esta tarde… pidiéndome: varias joyas…

—¿Concretaron cuáles?

Myrna hizo un esfuerzo para tomar aire.

—Sí… Yo estaba desesperada. Me amenazaron… si decía algo… a alguien. Había de acudir… a la oficina esta… noche… y esperar allí… otra nueva llamada… a las doce en punto.

—¿Fue usted sola?

—Sí… Pude sustraer las… llaves a mi marido. Luego… sonó el teléfono… en el despacho de… Garnett… Pasé mucho miedo… Pero cuando oí la voz… exigiéndome aquello… comprendí que no acabaríamos nunca.

—No se excite. Ya la previne que un chantajista no se sacia nunca. Me imagino que él le daría una dirección, y usted acudió a la cita.

Myrna O’Brennan asintió con la cabeza.

—Ya… no me importaba nada… más que acabar de una vez… con aquello. Me citó… en un callejón de Olive… Todo estaba oscuro… y cuando vi la señal… del mechero encendiéndose… no pude resistir… y disparé.



El chantajista citó en un callejón a Myrna...

Lanzó un sollozo histérico, poniéndose rígido su cuerpo bajo las sábanas. El detective trató de apaciguarla…

—Cálmese. ¿Qué ocurrió entonces?

—No sé… Él también hizo fuego. Luego… no recuerdo más…

Ambos guardaron silencio, oyéndose sólo en la habitación la

respiración fatigada de la mujer.

—Myrna; piense ahora bien lo que voy a preguntarle… ¿De dónde sacó el arma que empleó?

—En la oficina… el despacho de Garnett… Cuando sonó el teléfono… hube de buscar algo… para anotar la… dirección; estaba en uno… de los cajones. No me explico cómo… pero la cogí…

El detective se alzó, acariciándose pensativo la barbilla. Myrna, entonces, empezó a tiritar, rechinando los dientes.

—¡Debe decírselo todo… a mi marido!… ¡Corra, Logan!… Él debe saberlo…

—Tranquilícese; habrá tiempo para todo… —Nuevamente volvió a secarla el rostro con su pañuelo, mirándole la mujer angustiosamente.

—¿Por qué… hizo Garnett eso?

Jerry se mordió el labio.

—Bueno; ahora no debe preocuparse por nada…

—¡Yo le he matado!… Dígame… si está muerto —suplicó con vehemencia.

—No. Vive todavía —mintió Jerry—. Ahora debe descansar. Vamos, te suplico que no pienses en nada…

Tocó el timbre, apareciendo a los pocos segundos una enfermera, seguida de Kendrick. Mas Logan le hizo una señal, saliendo ambos al pasillo. El policía tiró el cigarrillo que fumaba, preguntando impaciente:

—¿Qué…?

—Sólo dice incoherencias.

El teniente cogió a Jerry por el brazo sin ninguna delicadeza.

—¡Escucha, hijo! ¡Ya está bien de hacer el idiota! ¡Hasta aquí hemos llegado… y te aseguro que en esta ocasión me va a importar muy poco prescindir yo del reglamento, y tú de los dientes…!

La enfermera entreabrió la puerta para chistarles, poniéndose el policía colorado como un tomate. Ambos hombres se alejaron de la puerta, hasta el vestíbulo en donde hacían su guardia los policías, de paisano.

Jerry se paró frente a Kendrick, mirándole fijamente a los ojos.

—Teniente… deme una hora; sólo una hora. Por la memoria de Kennedy… se lo juro que le diré algo… que le va a costar mucho de creer.

El policía negó desconfiadamente:

—Hijo, esto es como el cuento del lobo. Tendrás que contarme antes una historia que me guste… y eso se te da muy mal.

—De acuerdo, Kendrick; haga las cosas a su antojo. Ella de todas formas insiste en que le cuente la verdad a su marido; eso va a aclarar mucho las cosas. Acompáñeme si quiere… y si no, ¡váyase al diablo! ¡O córteme en rebanadas!

El teniente se acarició pensativo su barba de cuarenta y ocho horas, midiendo a Jerry con la mirada igual que un gato receloso.

—El juez está enfermo; serás tú quien asuma la responsabilidad de la entrevista.

—O'Brennan sabrá comprender la necesidad de este paso. Por otra parte, no olvide que es usted quien, en realidad, me obliga a proceder así.

—¡Yo sólo te obligo a que te expliques con claridad, hijo!

—No puedo hacerlo hasta que no hable con el juez. Decida usted, Kendrick.

El aludido mascúlló algo en voz baja, comenzando a caminar hacia el ascensor de bajada, siguiéndole el detective con un respiro de satisfacción.

En el coche del teniente se trasladaron hasta la vivienda del juez O'Brennan. El policía chasqueó la lengua, al ver su reloj, mientras caminaban por el sendero.

—Las tres de la madrugada, Logan. Yo debo estar loco de remate al hacerte caso.

El detective sonrió sin hacer ningún comentario. Ante la puerta de entrada, Jerry pulsó el llamador, teniendo que esperar casi diez minutos antes de que apareciera el mayordomo, abrochándose un usado batín de seda. Al descubrir a los visitantes frunció el ceño con un gesto medio adormecido de asombro y malhumor.

—Deseamos ver al señor O'Brennan —dijo Kendrick.

—¿A estas horas? —Casi gritó el criado.

Jerry intervino, conciliador:

—Ha ocurrido algo muy importante; es preciso que despierte al

señor.

El hombre dudó unos momentos; luego, alentado sin duda por la presencia de Kendrick, dio media vuelta, subiendo los escalones mientras renegaba a media voz. Minutos después, llamó desde arriba.

—Cierren la puerta, por favor, y suban.

El juez les esperaba con gesto intrigado, erguido como siempre en el lecho de almohadones. Al quedar los dos hombres en pie junto a su cama, inquirió a media voz:

—¿Ocurre algo?

Kendrick miró al detective esperando a que éste hablara, haciéndolo Jerry con voz grave:

—Milton Garnett ha muerto, señor
O'Brennan.
Su esposa es quién lo ha matado.

El enfermo abrió desmesuradamente la boca, llevándose la mano al pecho mientras su cuerpo se ponía rígido entre los almohadones. Kendrick se volvió lleno de cólera hacia el detective, conteniendo los deseos de saltarle al cuello:

—¡Está loco, Logan… va a matarle!

Fue hasta la cabecera para ayudar al enfermo, deteniéndole la voz del detective:

—No se altere, Kendrick; al juez acabo de darle una alegría notificándole el más perfecto, y difícil de probar, de sus tres asesinatos.

CAPÍTULO X

O’Brennan se incorporó sobre los almohadones, olvidando a medias su mueca pavorosa. Con voz entrecortada, interrogó al detective:

—¿Qué dice usted… Logan?

—Que le acuso del asesinato de Kennedy, de su sobrino Sidney, e indirectamente, de la muerte de Milton Garnett, ocurrida esta noche. Incluido el peligro que su esposa corre de seguir la desdichada suerte de su secretario.

Los ojos de O’Brennan fueron cobrando intensidad, adquiriendo una abrasadora virulencia, muy poco en consonancia con el reciente iniciado ataque al corazón.

—¡Salga de esta habitación, Logan! ¡Está usted borracho!

Kendrick miró a ambos hombres con un gesto de sorprendida indecisión, acentuándose ésta al sorprender la tranquila actitud de Jerry.

—Usted es juez, O’Brennan —dijo el detective, sin inmutarse—. Sabe, por tanto, la responsabilidad que me cabe por esta acusación; pruebe a rebatirme delante de un agente de la autoridad. Me atengo a las consecuencias.

El teniente pareció al fin salir de su abstracción, interviniendo débilmente:

—Cuidado con lo que dices, muchacho… Éste no es el procedimiento más adecuado; puede costarte un disgusto.

—No se preocupe, Kendrick; me ha costado mucho trabajo hacer que se pegara usted a mis talones, y ahora no voy a desperdiciar la oportunidad de hablar. ¿No es eso lo que usted quería?

O'Brennan
casi brincó en la cama para rugir con voz potente:

—¡Salgan los dos de aquí! ¡Fuera ahora mismo!

El detective le hizo frente, plantado con firmeza a los pies de la cama.

—¡Antes va a escucharme, quiera o no, durante cinco minutos! Después trate, si quiere, de demostrar que usted no es el culpable de todo lo ocurrido…

O'Brennan
comenzó a jadear, acusando ahora verdaderamente los síntomas de su enfermedad.

—Está usted loco, Logan… No tiene… pruebas de lo que dice.

—Prácticamente no las he tenido hasta hoy,
O'Brennan.
Cuando me dijo que sólo habló dos veces en su vida con el difunto Kennedy, ambas motivadas por el asunto del collar, mintió. Usted le conocía de cinco años atrás, recién contraído su matrimonio con Myrna. Hasta después de casado no se le ocurrió pensar con inquietud sobre el pasado de su mujer; me imagino que sospechó algo de las relaciones mantenidas anteriormente entre ella y su secretario Milton Garnett; al fin y a la postre la conoció en casa del abogado. Entonces encomendó a Kennedy que hiciera averiguaciones sobre el particular, cumpliendo éste el encargo, supongo en forma ampliamente satisfactoria… aunque no para satisfacción de su amor propio. Usted se sintió burlado, y humillada así toda su tradición y genealogía; entonces fue cómo, consumiéndose interiormente, fraguó sus deseos de venganza. ¿Me equivoco,
O'Brennan?

El enfermo, pálido y con los ojos brillantes, semejaba ahora un rígido muñeco de cera. Se volvió hacia Kendrick intentando adoptar una entonación tranquila:

—Teniente, tome usted nota de cuantas ofensas me está haciendo este sujeto…

El policía, confuso, hizo un torpe movimiento de cabeza que pudo significar cualquier cosa, prosiguiendo Jerry su perorata con más entereza que nunca.

—No se esfuerce,

O'Brennan;
quizá mucho de cuánto digo no se encuentre respaldado por pruebas concluyentes; sin embargo, el teniente duda, como en su día dudará el jurado, al que se haya de someter esta historia. Supongo que usted jamás pensó en el alcance que había de tener tan maniático afán de desquite. Año tras año fue estudiando su plan de venganza en la persona de su mujer y el propio Garnett, y entonces surgió la oportunidad del chantaje. Garnett, durante el traslado de su domicilio, dijo que perdió un paquete de cartas que conservaba, cursadas por Myrna con anterioridad a su matrimonio. Ignoro de qué medios se valió usted para conseguirlas, si bien es lógico pensar que esas fechas, Garnett trajera a la oficina todos sus papeles de importancia para evitar, pobre ingenuo, un posible y perjudicial extravío.

Jerry tomó aire, satisfecho de la atención prestada ahora por el policía.

—Entonces empezó a extorsionarles a ambos. Primero fue dinero, en proporciones mayores a Garnett, hasta exprimir la economía de ambos; luego indujo a Myrna para que, a falta de otra cosa, entregara el collar de perlas. A partir de aquí, comenzó la fase más refinada de su maquinación; su mujer se vio obligada a denunciar la falta de la joya, simulando una falsa pérdida. No me explico qué vanidosa temeridad le empujó a poner el asunto en manos de Kennedy; quizá la discreción de éste, o el suponer que la sutileza de mi compañero serviría para acosar y llenar más de angustia a su esposa. Pero Kennedy dio demasiado pronto con la clave del asunto; algo le hizo suponer que la joya no había sido robada, e incluso repasando el expediente del trabajo efectuado por orden suya cinco años antes, le hizo concebir sospechas, citándole a usted en la oficina.

«Ignoro cuánto llegó a saber Kennedy, pero de lo que sí estoy cierto, es de que supo enseguida que no existía tal pérdida, y se lo expuso a usted a boca de jarro. Ello, prácticamente, equivalía a poner fin a una tortura concebida detalladamente para la pareja Myrna-Garnett, a la que usted no estaba dispuesto a prescindir así como así. Si en su entrevista con Kennedy en la oficina, usted quiso prescindir de sus servicios tan demasiado tarde como ayer quiso hacer conmigo, me imagino que al viejo le sobró material para

sacar conclusiones definitivas. Debió salir a colación el expediente elaborado cinco años atrás, y usted dejó que Kennedy fuera al armario a buscarlo. Entonces, cuando el desdichado, vuelto de espaldas, tuvo la carpeta en sus manos, usted con su propia arma (ocasionalmente al alcance en uno de los cajones del escritorio) le mató. No adelantó nada haciendo desaparecer el expediente, O'Brennan; me imagino que también intentó localizar algún fichero o algún otro dato que pudiera tener el menor detalle respecto al caso, pero éste no existía… por lo menos al alcance de su mano. A mí me fue fácil dar con un viejo libro de registro, donde después de seleccionar los números de carpetas que faltaban en el archivo por extravío, pude colegir también la cifra de orden correspondiente a la suya. En el mencionado libro, que conservo a disposición de la policía, figura su nombre: Salomon O'Brennan, y seguidamente, en forma extractada, dice: "Investigación en torno a la vida de Myrna O'Brennan con anterioridad a su matrimonio"…»

Hizo una pausa, recreándose en el efecto producido por sus palabras. El enfermo, desprovisto de toda su arrogancia, parecía sólo un espectro del juez O'Brennan. El detective prosiguió:

—No tuvo usted suerte. El mismo día, y probablemente a la misma hora en que usted asesinaba a Kennedy, su esposa, confundiéndome con él, me contaba la verdad sobre la desaparición del collar. Garnett también estaba dispuesto a decir la verdad al viejo, y yo intercepté la llamada telefónica que hizo a éste, presentándome en su domicilio. Así llegué a conocer a sus dos víctimas, e incluso a intervenir en la entrega de dinero que en esa fecha, poco más o menos, impuso a Garnett que le entregara, dejando diez mil dólares en el almacén abandonado de junto al puerto. Usted no esperaba que yo interviniera, y en la oscuridad estuvo a punto de matarme con la misma arma de Kennedy. En la oscuridad no pude reconocerle, e incluso llegué a sospechar de Garnett dada su impasibilidad por detener al sospechoso que huía.

Para su desgastado corazón, ésta fue una prueba demasiado violenta, y hubo de guardar cama. A ello se unió la desaparición de su sobrino, sin dejar rastro de su paradero, llevándose además ignoro qué cantidad de dinero de su caja fuerte. Ahí cometió usted un segundo error, depositando los diez mil dólares marcados que Garnett depositó en el buzón del almacén…

»Leo en sus ojos la sorpresa que le produce el saber que el dinero se hallaba señalado. Sidney debía saber la combinación de su caja fuerte y extrajo el dinero alegremente, sin pensar en otra cosa que en acudir nuevamente junto a Sheila Merrill. Fue la noche que también fui yo al *cabaret*. Cuando descubrí que Sidney pagaba con uno de los billetes marcados, le acusé de ser un chantajista, poniéndole de paso en antecedentes de cosas que incluso yo ignoraba. Él sabía ahora de dónde procedían los billetes y quién era la única persona que podía haberlos metido en la caja. Después de huir, decidió sacar partido de lo que se imaginaba era una patraña a cargo de su honorable tío. Debió hablar con usted por teléfono, amenazándole esta vez con un verdadero chantaje, incluida la muerte de Kennedy que, evidentemente, sólo usted podía haber llevado a cabo.

»Ésa fue la tarde que yo acudí aquí para verle, dejando mi coche con las llaves puestas. Mientras hablaba con la señora O’Brennan en la biblioteca, a usted le fue relativamente fácil vestirse y deslizarse hasta la calle sin ser visto. Una vez allí, mi coche le sirvió a las mil maravillas para desplazarse hasta donde quiera que estuviese citado con su sobrino para darle un dinero que usted, experimentado chantajista, no estaba dispuesto a hacer efectivo muy en serio. Me imagino que al llegar a algún apartado lugar amenazó a Sidney con la consabida arma, clavándole después su propia navaja. Ignoro por qué medios volvió hasta aquí, y las circunstancias de que se valió para entrar nuevamente en casa sin ser visto, aunque ello, teniendo llavín, no tiene grandes complicaciones.

»El resto es fácil suponerlo. Usted primero me amenazó telefónicamente para que me inhibiera del asunto. Más tarde, cuando vine hoy a su casa, fingió sentirse abrumado por su obligación de ciudadano, prescindiendo de mis servicios y

poniéndose en manos de la policía, cuando yo ya casi tenía hilvanadas mis sospechas, y la policía estaba obligada a intervenir. Forzado por esta última circunstancia y deseando culminar sus deseos de venganza, maquinó el acto final que destruyera de una forma u otra a las dos personas víctimas de su odio. Primero llamó a su esposa, en su misterioso papel de chantajista, y luego a Garnett. A ambos les emplazó con una última entrega, supongo que excesiva, citándoles en un mismo lugar y a una misma hora. Para ello estudió la fórmula que, debido a la oscuridad y la distancia, no se reconocieran, originándose el drama, que desgraciadamente usted había previsto. Me imagino que la cantidad solicitada a Garnett excedía con mucho de sus posibilidades. En cuanto a las joyas exigidas a su mujer, sobrepasan en mucho la que, con habilidad, un verdadero chantajista hubiera obtenido en veces sucesivas. Pero a usted no le interesaba eso; pulsó deliberadamente la crisis de nervios de ambos, provocando el ciego acto de violencia, cuyas consecuencias todos sabemos.

»Supongo que, pese a todo, su esposa era portadora de las joyas solicitadas, y que Garnett, por si le fallaba igualmente la decisión, llevaba una respetable cantidad encima, solicitada a ignoro qué persona en última instancia.

Kendrick abrió la boca en una muda exclamación, asintiendo con firme movimiento de cabeza; fue a decir algo, interrumpiéndole Jerry con un gesto.

—Queda la pistola,

O'Brennan.

El hacer ir previamente a su mujer a la oficina para recibir la llamada definitiva, e incluso en efectuar ésta en el despacho de Garnett a través de su teléfono particular, no tuvo otra finalidad que hacer que ella cogiera la pistola, colocada por usted previamente, en otra nueva salida de incógnito, precisamente en el cajón donde previamente habría de encontrar algo con qué anotar la dirección dada por teléfono. Cuando interroguemos a los criados, estoy seguro de que en las horas básicas en que se cometió el asesinato de Sidney, y esta misma tarde, después de mi visita, se podrá comprobar qué usted dio órdenes para que nadie le molestara bajo ninguna excusa penetrando en el dormitorio. Ése es el tiempo que usted aprovechó para hacer sus dos salidas sin ser visto a la

calle, utilizando con facilidad cualquiera de las salidas para servicios, garaje o sótanos, con que suelen contar todas estas viejas casas.

»A raíz de encontrar su nombre en el viejo libro-registró de la oficina del viejo Kennedy, comencé a sospechar que usted mentía, O'Brennan.
Luego, despacio, fui atando cabos, hasta que esta noche, desgraciadamente con el brutal desenlace del falso chantajista, he terminado de ver claro.

»Indudablemente está usted enfermo, O'Brennan…
tanto como puede enloquecer el odio. A ello se une probablemente el que no haya tenido hijos, que en parte le hubieran hecho respetar un matrimonio que, en contra de sus convicciones y de su irreprochable preparación, le ha desequilibrado hasta empujarle al crimen.

»Usted mató a Kennedy, y a pesar de todo, sólo soy capaz de compadecerle, O'Brennan…
Que Dios le perdone.

Los tres hombres quedaron contemplándose entre sí, en diferentes estados de ánimo. Kendrick, tal vez demasiado sorprendido ante la inesperada acusación del impasible detective; O'Brennan,
aferrado al borde de las sábanas con desesperada impotencia. Los labios de éste temblaron ligeramente, mientras miraba en torno suyo igual que un animal débil y acorralado. Con inesperada celeridad, alargó su brazo a la cercana mesilla, para tomar entre sus dedos un pequeño frasco de cristal lleno de grajeas, que destapó, llevándoselo a la boca antes de que pudiera intervenir ninguno de los otros dos hombres. El policía fue el primero en advertir el peligro, saltando como un gato sobre la cama.

—¡En nombre de Dios, escupa eso!

Jerry llego junto al teniente para asir violentamente al enfermo por la garganta, apretándole con relativa fuerza, hasta que O'Brennan
comenzó a babear, salpicando el embozo de pastillas. Luego el enfermo puso los ojos en blanco, adquiriendo una nerviosa rigidez

que Jerry, con un suspiro, no atribuyó al fracasado intento de envenenamiento. Kendrick ordenó con voz apurada:

—¡Avisa a la ambulancia! ¡Vamos, no te quedes ahí parado!

Media hora más tarde, Jerry y el policía enfilaban el coche del último, envueltos por el ululante sonido de la sirena sanitaria camino del hospital. Kendrick, después de tirar por la ventanilla dos cigarrillos consecutivamente, recién encendidos, se volvió con desgana hacia Logan, dirigiéndole la palabra por vez primera, en los últimos aciagos treinta minutos.

—¡Bueno! Y ahora, ¿qué hago yo contigo? —tronó.

—No sé a qué se refiere —repuso el detective con voz débil.

—¿Ah, no? ¿Sabes qué castigo tiene el ocultar datos a la policía?

—Yo no…

—¡Frena! —dijo el policía con un rugido al asombrado conductor.

Éste obedeció, dejándole la mitad de las llantas en el asfalto. Luego Kendrick, abriendo la portezuela de golpe, se volvió nuevamente a Jerry:

—¡Sal de aquí ahora mismo… y que no te vea el pelo en una buena temporada! ¿Me entiendes?

—Sí, Kendrick.

—¡Sí, teniente! —corrigió el otro.

—Sí, teniente Kendrick…

—Eso es; ahora largo de aquí, antes de que te eche a puntapiés…

Jerry Logan bajó del vehículo, riendo ampliamente una vez que el coche volvió a arrancar como un cohete.

Le hubiera sorprendido ver cómo en ese instante Kendrick hacia otro tanto, mientras con aire feliz encendía su tercer cigarrillo.

EPÍLOGO

Salomón O'Brennan falleció ocho días más tarde de muerte natural, sin dar lugar al proceso que contundentemente en su contra se estaba incoando. Aun así, el juicio se celebró, estando igualmente ausente su viuda, previa justificación ante el jurado de su incomparecencia por incapacidad física temporal.

El veredicto fue condenatorio para O'Brennan, considerándose la muerte involuntaria de Milton Garnett como accidente provocado, no rigiendo la voluntad de Myrna O'Brennan en forma coherente, merced al hecho de haber sido provocado en ella un completo desequilibrio nervioso.

La intervención de Jerry en el juicio fue decisiva en todos los aspectos.

Quince días más tarde, el detective se decidió a visitar a la enferma en el hospital de Maywood. Myrna se hallaba sentada en la pequeña terraza de su habitación, notablemente restablecida, recibiendo Jerry una cordial bienvenida.

—Pensaba, Logan, que ya no le interesaba mi amistad, después de todo lo ocurrido.

—Usted no es responsable de nada, señora O'Brennan.

Ella hizo un mohín de disgusto.

—No me llame señora O'Brennan…

—… Después de las horas de oficina —añadió Jerry creyendo no ser oído.

—¿Qué dice de «sus horas de oficina»?

—¡Oh, nada! Me obsesiona el trabajo. Sí… a veces. Tenía una secretaria… Algo chiflada; demasiados años quizá —miró al suelo al decir esto—. Se despidió la semana pasada.

Myrna estuvo unos instantes pensativa, diciendo de repente con súbita inspiración:

—Logan, dentro de poco seré dada de alta. Me aterra el pensar en qué podré invertir mi tiempo… Si usted lo desea, yo puedo ayudarle.

Jerry adelantó sus manos con acento apurado.

—¡Oh, no, no! Bueno, verá… La verdad es que no me la imagino de secretaria…

—Yo no le cobraría nada, señor Logan… —insistió ella.

—Sí; ya lo sé… a usted le sobra el dinero. Pero no se trata de eso, créame.

—¿Cree que no sirvo? —dijo la mujer, decepcionada.

Jerry se mesó el cabello, intentando ser razonablemente comedido.

—¡Ya lo creo… usted sirve para cualquier cosa!

—Entonces, ¿qué hay en mí que no le agrada?

El detective tragó saliva, acercándose involuntariamente a la joven.

—De usted me gusta todo, todo. Daría cualquier cosa por tenerla continuamente a mi lado… Pero no en la oficina, ¿comprende?

—¿Dónde le gustaría verme entonces?

—En cualquier parte. En el parque otra vez, dando de comer a las palomas… sin esas horribles gafas negras.

Myrna sonrió complacida.

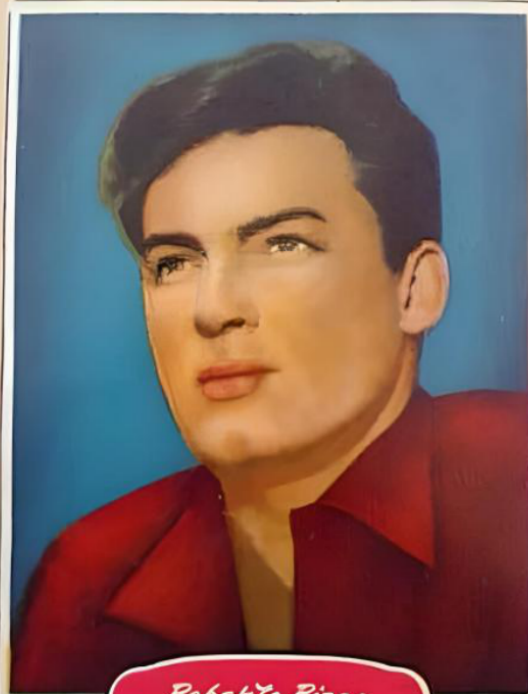
—Sí, señor Logan…

—¡Oh! Fuera de las horas de oficina, llámame Jerry…

El detective, sinceramente turbado, quiso llevarse la mano a los labios, descubriendo con sorpresa tenerla ocupada, estrechando la de la joven, seguramente desde hacía ya bastante rato.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS



Roberto Risso

N.° 1229 En sus interpretaciones en "Pan, amor y fantasía" y "Pan, amor y celos", al lado de Gina Lollobrigida obtuvo la admiración del público, admiración que se ha hecho extensiva ante los nuevos films que le siguieron.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 · BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España · Printed in Spain

NOTAS

[1] Ojo de la cerradura. (Nota del Editor). <<

[2] Murciélago. (Nota del Editor). <<